



Agustín Moreto y Cabaña

# **La misma conciencia acusa**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Agustín Moreto y Cabaña

# La misma conciencia acusa

## PERSONAS

EL DUQUE DE PARMA, viejo.

CARLOS.

ENRIQUE.

MARGARITA.

ESTELA.

LAURETA.

TIRSO, villano.

EL DUQUE DE MILÁN.

UN ALCAIDE.

UNA CRIADA.

GUARDAS.

CRIADOS.

DAMAS. SOLDADOS.

LABRADORES. MÚSICOS

ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Parma y sus inmediaciones.

Jornada primera

Selva.

ESCENA PRIMERA

ESTELA, LAURETA y TIRSO, de aldeanos; salen retirándose de ENRIQUE, que viene vestido de campo.

ENRIQUE. Prodigio hermoso, ligera  
exhalación, que entre flores  
vais dando al viento en colores  
pedazos de primavera,  
esperad.

ESTELA. No es cortesía  
porfiar a una mujer.

ENRIQUE. Pues, Señora, el querer ver  
al sol ¿es descortesía?  
Por ser soberano el ciclo,  
toda admiración disculpa;  
pararme a una luz no es culpa.

ESTELA. No es culpa; pero es desvelo,  
que nada os puede importar.

ENRIQUE. Pues, ¿eso decís, Señora,  
a un ciego? ¿Cuándo el aurora  
no nació para alumbrar?

ESTELA. Mucho de cielo os escucho;  
que os falte podéis temer.

ENRIQUE. Con vos ¿cómo puede ser?

ESTELA. ¿No veis que le gastáis mucho?  
Id con Dios; que en esta aldea  
de lisonjas no entendemos.

ENRIQUE. De la verdad son extremos.

LAURETA. (A Estela.) Deja que el Señor te vea;  
mira.

TIRSO. Ahora echo de ver  
en vuesa maldad, Laureta  
que, a más de ser alcahueta,  
os retoza el alcacer.

ENRIQUE. No con rigor inhumano,  
que a vuestra belleza iguale,  
guardéis la nieve.

TIRSO. Es que vale  
a tres cuartos en verano.

ENRIQUE. En buen hora me he perdido  
en la caza, cuando veo  
que me gano en el trofeo  
de verme en vos suspendido.  
no se halla en Parma mujer  
que os iguale en hermosura,  
ni en garbo, ni en compostura,  
ni en el aire.

TIRSO. Ni en comer;  
que a dos carrillos se traga  
un perol de naterones,  
dos pavos, cuatro capones,  
sin que el hambre satisfaga;  
y tiene otras maravillas  
muy propias para notar.

ENRIQUE. ¿Cuáles son?

TIRSO. Sabe envasar  
lindamente unas morcillas.

ESTELA. Vamos, Laureta de aquí;  
que esperan los labradores.

LAURETA. Y vienen como unas flores,  
porque veas desde allí  
bailes y juegos extraños;  
que esta fiesta van a hacer  
a tu hermosura, por ser  
hoy día en que cumples años.

ESTELA. Caballero, adiós.

ENRIQUE. ¿Tan presto  
os ausentáis?

ESTELA. Es forzoso.

ENRIQUE. Temple mi afecto amoroso  
aquesa mano.

### ESCENA III

CARLOS, de color.-DICHOS.

CARLOS. ¿Qué es esto?  
Estela, hermana, ¿tú aquí?

ESTELA. (Ap.) He de disculpar su acción;  
que no sé qué inclinación  
tengo desde que le vi.

CARLOS. Este montero o soldado  
¿Hablaba contigo?

ESTELA. No.  
Que es cortés.

TIRSO. Y lo que habré  
fue muy poco y mal habrado.

ESTELA. Antes anduvo advertido,  
cuerdo, prudente...

TIRSO. Y atento,  
pues dijo su pensamiento  
medio palmo del oído.

CARLOS. Caballero, aunque os disculpa  
a usar de libres acciones  
el ignorar mis blasones,

no estáis ajeno de culpa;  
cuando para mayor gloria,  
entre esas rústicas greñas,  
son pirámides las peñas  
donde se escribe mi historia.  
y aunque en tan pobres destierros  
mi estimación se sujeta  
a un caballo, a una escopeta,  
dosalcones y dosperros,  
con que el rigor importuno  
divierto en la soledad,  
no excede a mi calidad,  
del Duque abajo, ninguno.  
ENRIQUE. (Ap.) ¡Oh qué soberbio y qué vano  
da su cuidado a sentir!  
Pero ¿quién podrá sufrir  
en su rincón a un villano?

### ESCENA III

MARGARITA, de caza.-DICHOS.

MARGARITA. ¿Primo Enrique?

ENRIQUE. Gran Señora,  
ya culpaba a vuestra alteza  
la tardanza.

MARGARITA. En la aspereza  
tras la garza voladora  
se empeñó mi pensamiento,  
porque tan alto volaba,  
que al ascua del sol rizaba  
lo que le peinaba el viento.  
Triunfó de su resistencia  
el halcón, postró su vida;  
mas ¿qué altivez presumida  
no la rinde una violencia?

ENRIQUE. Volar un ave, un azor,  
en el monte, gusto ofrece.

TIRSO. A mí mejor me parece  
al fuego en el asador.

CARLOS. (Ap.) Suspendida en su pintura  
tengo el alma; mas ¿qué es esto,  
corazón mío? ¿Tan presto  
te sujeta una hermosura?  
¿Si acaso en mí su luz bella  
verá el amor y la fe?  
Si yo mismo no lo sé,  
¿Cómo lo ha de saber ella?

Pues suspensa en su cuidado,  
no me mira, ciega está;  
verdad es mi amor, pues ya  
comienza a ser desdichado.

VOCES. (Dentro.) Todos al llano.

ENRIQUE. El que llega  
es el Duque.

CARLOS. Estela, vamos.

ESTELA. (Ap. a Carlos) Carlos, dices bien; huyamos  
de ese tirano.

CARLOS. A su ciega  
ambición agradecido  
estoy, pues logro trocado  
todo el afán de un cuidado  
por la quietud de un olvido.

(Vanse Carlos, Laureta y Estela.)

TIRSO. Por más que toquen al arma,  
aquí me quedo a porfía,  
por ver la filosofía  
de aquestos Duques de Parma.  
(Retírase a un lado.)

#### ESCENA IV

EL DUQUE DE PARMA y CRIADOS, de caza.-ENRIQUE, MARGARITA, TIRSO.

DUQUE. Nada, amigos, me divierte;  
no hallo alivio a mi tristeza.

ENRIQUE. Descanse aquí vuestra alteza.

DUQUE. Todo es contrario a mi suerte.

MARGARITA. Señor, esos labradores  
que aquí asisten, con placer  
te podrán entretener.

DUQUE. (Ap. Eso aumenta mis temores;  
ninguno sabe el motivo  
con que a estas montañas vengo,  
ni el remedio que prevengo  
a las dudas con que vivo.)

Enrique, a ese hombre llamad.

ENRIQUE. Llegad; que os llama su alteza.

TIRSO. ¿Dice a mí?

ENRIQUE. Sí. (Ap. ¡qué rudeza!)

TIRSO. Mírese en ello.

ENRIQUE. Llegad.

TIRSO. Ello es cierto, claro está...

(Ap. Temblando estoy de temor.)

Digo, ¿no será mejor  
que se llegue el Duque acá?

ENRIQUE. Ponéos bien, y con cordura  
os postrad.

TIRSO. Hombre, ¿te crías  
regidor de cortesías,  
que me enseñas la postura?  
Déme su noble insolencia  
la pata.

DUQUE. Del suelo alzád.

TIRSO. Porque a su paternidad  
(Mal dije), a su reverencia,  
todo lo pienso besar.  
No se me ponga a destajo  
su merced; desde alto a bajo  
alguno le ha de acertar.

DUQUE. ¿A quién servís?

TIRSO. A mi amo.

DUQUE. ¿Tiene mucha gente?

TIRSO. No.

DUQUE. Y vos ¿cómo os llamáis?

TIRSO. ¿Yo?  
¿Qué sé yo cómo me llamo?

DUQUE. ¿Carlos no es vuestro amo?

TIRSO. Él es.

DUQUE. ¿Es Carlos bien inclinado?

TIRSO. Sí, Señor; no es corcovado  
ni cojo, aunque es muy cortés.

DUQUE. ¿Qué hace? ¿En qué se entretiene?

TIRSO. Caza por toda esta sierra,  
a todo bruto hace guerra,  
a la labranza va y viene;  
y allá tal vez en las eras  
viendo a los bolos jugar  
a todos suele birlar,  
porque los birla en hileras,  
como escuadrón.

DUQUE. ¿De continuo  
lo suele hacer?

TIRSO. Sí, Señor;  
mas lo que birla mejor  
es un jamón de tocino;  
un oso entero desgarrá,  
corre y brinca, ¡pesía tal!  
y con él ningún zagal  
se atreve a tirar la barra;  
pues si alguno le provoca  
a luchar, le hace pedazos;  
si con vos llega a los brazos,

os hará abrir tanta boca.  
También con los camaradas  
labradores se entretiene;  
a los naipes juega, y tiene  
azar con el rey de espadas.  
«¡Que siempre aquesta figura  
me gane!» suele decir;  
«Algún día ha de venir  
sobre este azar mi ventura.»

DUQUE. (Ap. Mi temor, con su rudeza,  
la ponzoña apura al vaso.)  
Y Carlos ¿muéstrase acaso  
amigo de la riqueza?

TIRSO. No, Señor; antes arguyo,  
según es de liberal,  
que de todo su caudal  
lo que tiene es menos suyo.  
Suele decir con valor  
que el dinero por arrobas  
viene de casta de lobas,  
pues se va al hombre peor.

DUQUE. ¿No se queja acá en sus males  
de haber perdido un ducado?

TIRSO. ¿Quieres que le dé cuidado  
cosa que monta once reales?  
Con desprecio y sin temor  
afirma que es descendiente  
de un emperador.

DUQUE. No miente,  
su sangre es de la mejor.

(Ap. No fue mi recelo vano.)

TIRSO. Y no hará caso de ti.

DUQUE. Calla, calla. -Echad de aquí  
a este bárbaro villano.

TIRSO. ¡Que me echen! ¿Aqueso dudas?  
Paso a paso, y por mi pie,  
Señor, yo mismo me iré;  
que no he menester ayudas. (Vase.)

DUQUE. Los criados despejad.

CRIADOS. Ya todos nos retiramos. (Vanse.)

## ESCENA V

EL DUQUE, MARGARITA, ENRIQUE.

DUQUE. Pues solos los tres estamos,  
hija, sobrino, escuchad:  
después que César, mi primo.



Duque de Parma, aquel feudo  
pagó a la muerte a que estamos  
por deuda común sujetos,  
por más cercano en la sangre  
tomé posesión del reino;  
si bien fuego, a pocos días,  
alteró aqueste pretexto  
un testamento cerrado  
que dejó César, diciendo  
que sólo a Carlos dejaba  
por legítimo heredero,  
como hijo natural suyo.  
Ventilóse en Parma el pleito;  
quedó el derecho de entrambos  
en igual balanza puesto.  
Pero Carlos, descuidado,  
sin atender a este empeño,  
dejó dormir su esperanza  
a la sombra, al halagüeño  
letargo de un torpe olvido;  
cuando entonces, más despierto  
en la pretensión, mi orgullo  
solicitaba los medios,  
pues siempre con el descuido  
viene el mérito a ser menos,  
y las diligencias nobles  
dan lustre al merecimiento.  
Sentencióse en mi favor  
(con justa razón) el pleito.  
(Ap. Recato la tiranía  
con que injustamente tengo  
usurpada esta corona,  
pues la dicha que poseo  
al soborno la he debido,  
a la industria y al ingenio.)  
Y después que me juraron  
de Parma absoluto dueño,  
prevenido a lo quejoso  
de Carlos, dispuse atento  
darle esa pequeña aldea  
por limitado alimento,  
siendo su patria ese monte,  
su corte ese rudo centro,  
donde retirado viva;  
con límite, con precepto  
que de su esfera no salga.  
Evité con esto el riesgo

que pudo haber de que Carlos  
levantase, al feliz eco  
de mis fortunas y aplausos,  
algún vano pensamiento;  
que a vista de un venturoso  
vive un infeliz violento,  
y más si su queja es justa;  
porque se hace en nobles pechos  
tanto lugar un quejoso,  
que de su mísero acento  
tal vez suele originarse  
la turbación de un imperio.  
Y aunque me hallo asegurado  
de su parte, conociendo  
su humildad y mi poder  
(Que es política que observo  
que ningún vasallo goce  
la grandeza con exceso,  
pues de ser la suya más,  
viene la mía a ser menos);  
con todo, no sé qué asombro,  
qué presagio o qué recelo  
acá en el pecho me asusta  
que se me figura en sueños  
que Carlos me tiraniza  
la vida, el poder y el reino.  
Bien pueden ser ilusiones  
de la idea, no lo niego  
ni tampoco mi valor  
se rinde aquí; mas supuesto  
que el corazón adivina  
tal vez futuros sucesos,  
y de brevísima llama  
suele nacer grande incendio,  
lo que resuelvo es que vayas  
a ver, con algún pretexto,  
a Carlos, y que examines  
si vive aquí descontento,  
si le inquieta algún cuidado,  
si adolesce de algún riesgo;  
siendo un Argos vigilante  
del menor indicio dellos.  
Proponiéndole memorias  
acaso de su destierro,  
rastrearás en sus razones  
el color de sus intentos;  
pues sólo para esta acción

a aquestas montañas vengo.  
Muéstrate de mí quejoso,  
y en fin, apura su pecho;  
que es de calidad la envidia,  
o el áspid de un sentimiento,  
que por la boca y los ojos  
brota el oculto veneno.  
Siempre, Enrique, la cautela  
fue virtud; por ella vemos  
que a la duración vincula  
un rey su heroico respeto;  
que aquellas doradas puntas  
de la corona y el cetro,  
aun más que para el adorno,  
para el aviso se dieron,  
para que hiriendo el discurso,  
se reconozca su peso,  
que aunque hacia el aire tremolen,  
se han de sentir hacia dentro.

Aquesta razón me obliga  
ver y registrar atento  
las intenciones de Carlos,  
porque asegurado en ello,  
logre mi asombro un alivio,  
mi fantasía un sosiego,  
ni sospecha un desengaño,  
una verdad mi recelo,  
mi cuidado una evidencia,  
y mi duda un desempeño.

ENRIQUE. De tus designios, Señor  
verás logrado el intento,  
que de tu discurso es cuerda  
prevención.

MARGARITA. (Ap.) ¡Válgame el cielo!  
¡Tanto vale aqueste Carlos,  
que causa un desasosiego  
a mi padre!

DUQUE. Margarita,  
pues que tu divertimento  
ha cesado con la caza,  
vuélvete a Parma. Y tú luego,  
Enrique, haz lo que te encargo;  
que en esta parte te espero  
para ver lo que resulta  
de lo que dudoso temo. (Vase.)

ENRIQUE. Va los monteros aguardan,  
Señora; lo que más siento

es que en aquesta ocasi6n  
no he de poder ir sirviendo  
a vuestra alteza.

MARGARITA.                                   ¿Qu6 importa,  
si el cuidado os agradezco?

ENRIQUE.   Él os guarde.

MARGARITA.. (Ap.) No s6 qu6 en el alma llevo  
de la memoria de Carlos,  
que me inquieta el pensamiento. (Vase.)

## ESCENA VI

ENRIQUE.

ENRIQUE. ¡Que en el Duque una sospecha  
tan vana y sin fundamento,  
de un hombre sin fuerza, sea  
bastante a darle recelo!  
Obedecerle es forzoso;  
pero aqu3 vienen, saliendo  
de fiesta, los labradores:  
verlos desde aqu3 pretendo.  
Sin duda el que antes habl6  
era Carlos; a su tiempo  
buscar6 modo de hablarle;  
que agora todo suspenso  
en la hermosura de Estela  
mi amor con su vista aliento.

## ESCENA VII

TIRSO, LAURETA, MÚSICOS, LABRADORES; detras, CARLOS y ESTELA.

ENRIQUE. Cojamos la rosa  
de la edad veloz  
antes que el invierno  
marchite su flor.  
D6bale con el azadoncito,  
d6bale con el azad6n.  
De su primavera  
todos gocen hoy;  
que a los verdes a6os  
el tiempo es traidor.  
D6bale, etc.

CARLOS. (Ap.) ¡Que ten presto en mi memoria  
sembrase amor sus incendios!

ESTELA. (Ap.) ¡Que tan presto en mi cuidado  
hiciese su vista efecto!

CARLOS. ¡Qu6 mucho, si su hermosura...

ESTELA. Mas ¡qué mucho, si su ingenio...

CARLOS. Arrebató mis sentidos!

ESTELA. Incliné mis pensamientos!

CARLOS. (A Estela.) Querida hermana, ¿tú triste?

ESTELA. ¿Tú, hermano mío, suspensio?

CARLOS. No es suspensión, sino duda  
de ver que en tu rostro bello  
turba la melancolía  
el rosicler de su cielo.

TIRSO. Tiene razón de estar triste,  
que cumplir años no es bueno,  
ni da gusto con los años  
el andar en cumplimientos;  
pues fuera más acertado  
hacer aqueste festejo,  
no por tener más un año,  
sino por tenerle menos.

LAURETA. Pues, tonto, ¿cómo es posible?

TIRSO. Yo sé, Laureta, un remedio.

LAURETA. ¿Para tener menos años?

TIRSO. Sí, Laura.

LAURETA. Pues dile presto.

TIRSO. Mira, ahórcate, y verás  
cómo lo que digo es cierto.

LAURETA. Bestiaza.

TIRSO. Vos sois la bestia;  
mas aun no sabéis ser eso;  
que si una mujer hiciera  
lo que una bestia, es muy cierto  
que, cerrando por la boca,  
no hubiera chismes ni cuentos.

CARLOS. Humildes vasallos míos,  
amigos y compañeros,  
de vuestro festivo aplauso  
la fineza os agradezco;  
y creed que más estimo  
ser de aquesta aldea dueño  
que absoluto rey del mundo.

Gustoso vivo y contento;  
que si la dicha consiste  
del ánimo en el sosiego,  
yo solo feliz me llamo,  
pues con vosotros le tengo.

ESTELA. Para la fiesta este sitio  
no me agrada.

CARLOS. Al arroyuelo  
nos vamos de aquél cercado,

y para divertimento  
hoy de tu tristeza, vaya  
la música prosiguiendo.

MÚSICA. Cojamos la rosa  
de la edad veloz  
antes que el invierno  
marchite su flor.  
Dábale, etc.

(Vase Tirso con los músicos y labradores)

CARLOS. ¿No te entretiene esta ruda  
canción?

ENRIQUE. Carlos, detenéos;  
que tengo un poco que hablaros.

ESTELA. (Ap. a Laureta.) ¿No es éste aquel caballero,  
Laura, que aquí estuvo ahora?

LAURETA. Sí, Señora; él es, el mismo.  
Ven, ¿qué aguardas?

ESTELA. Ya es mejor,  
Laura, este sitio que dejo.  
(Vase con Laureta.)

#### ESCENA VIII

CARLOS. ENRIQUE.

ENRIQUE. La obligación de serviros  
me toca por dos respetos:  
el uno es saber quién sois,  
cuyo ilustre nacimiento  
ignoré la vez primera  
que os hablé; el otro es el veros  
capaz de mayor fortuna,  
y explicar el sentimiento  
que tengo de que viváis  
en este infeliz destierro.

Yo soy Enrique, que al Duque  
asisto por ser su deudo,  
si bien también, como vos,  
de su ingratitude me quejo.

CARLOS. ¿Yo quejarme? Ése es engaño,  
y no lo acertáis en eso;  
que el Duque, como tan justo,  
premiará vuestros afectos.  
Acompañar a su alteza  
os miré, y tuve por nuevo  
que su hermosura pisase  
este sitio.

ENRIQUE. Es con extremo

inclinada Margarita  
a la caza, y su deseo  
se emboscó por estos montes.

CARLOS. Es un singular portento  
de hermosura.

ENRIQUE. Los criados  
que aquí se junten espero  
para volver a la corte.

CARLOS. Mirad vos si en algo puedo  
serviros en esta aldea,  
que será honrarme de nuevo.

ENRIQUE. Muy buena casa tenéis  
para ser tan corto el pueblo.

CARLOS. Todo le vendrá sobrado  
al que no fuere avariento.

ENRIQUE. ¡Que a un hombre de tal valor  
tenga el Duque retirado  
y en tan abatido estado!

CARLOS. Aqueste me está mejor.  
En el lugar más subido,  
que llama el mundo ventura,  
suele el que más se asegura  
caer de desvanecido.

Arranca el airado viento  
todo un roble en la montaña,  
y por humilde la caña  
burla su impulso violento.

Y así, es justo agradecer  
al Duque haberme humillado,  
pues que me tiene en estado  
donde no puedo caer.

ENRIQUE. ¿No os acordáis, es posible,  
del agravio que os han hecho?

CARLOS. Acuérdome deste techo  
sosegado y apacible,  
en cuya alegre clausura  
me sirven, mas llanamente,  
de puro espejo esta fuente,  
de trono esa peña dura,  
de palacio suntuoso  
todo ese monte encumbrado,  
y este olmo verde y copado  
de dosel más venturoso;  
pues esotro se envejece,  
y es menester renovalle,  
y éste no, porque en el valle  
por cuenta de abril florece.

Luego por más oportuna  
esta vida me conviene,  
que es grandeza en que no tiene  
jurisdicción la fortuna.

ENRIQUE. ¿No es para vuestro deseo  
triunfar de envidia cruel?

CARLOS. Sólo el campo es el papel  
donde mi esperanza leo  
y donde mira el cuidado,  
siguiendo el norte a su aguja,  
letras que a surcos dibuja  
tosco el pincel del arado;  
y porque el discurso avive  
en sus rústicas lecciones,  
yo señalo los renglones,  
y el tiempo tire los escribe;  
y con ser cuaderno bruto,  
desempeña mis congojas,  
pues siempre logro en sus hojas  
la seguridad del fruto.

ENRIQUE. ¡Posible es que de un estado  
se olvide su propio dueño!

CARLOS. Acuérdome de que es sueño  
todo su triunfo y sobrado.

¿Puedo comer y vestir  
más que por un hombre? No.

Y si lo que tengo yo  
me basta para vivir,  
si lo que suele sobrar  
no se puede poseer,  
yo ¿para qué he menester  
lo que no puedo gozar?

ENRIQUE. Sí; pero ¿que vuestro porte  
no se irrite al deshonor  
de ver que os tiene un rigor  
retirado de la corte?

CARLOS. Antes viene a ser piedad  
su rigor, si bien se mira;  
que allá reina la mentira,  
y aquí vive la verdad.

Mira con qué sencillez  
vive aquí cualquier villano,  
cuando allá el más cortesano  
tiene por gala el doblez.

Aun en casas y edificios  
la hay también, porque lo adviertas,  
pues todas tienen dos puertas



que de doblez dan indicios;  
luego el Duque, si reparas,  
hizo en quitarme, mercedes,  
de donde hasta las paredes  
enseñando están dos caras.

Aun en la corte la rosa  
no es tan bella ni encarnada;  
que allá, por ser más mirada,  
viene a ser menos hermosa;  
que el hombre más oportuno  
y más bizarro en sus modos,  
siendo tratado de todos,  
no es amado de ninguno.

El uno le habla risueño,  
el otro muy mesurado,  
y si le ven roto, ajado,  
todos le miran con ceño.

No vivan pues mis sentidos  
entre hombres tan ignorantes,  
que se ponen los semblantes  
del color de los vestidos.

ENRIQUE. Al valor corta las alas  
el que intenta retirarse.

CARLOS. Mejor es eternizarse,  
dejando plumas y galas.

¿Acaso dará más gloria  
en el siglo venidero  
una pluma en el sombrero  
que un renglón en la memoria?

ENRIQUE. Ya que del mundo y de vos  
hacéis tan sabios reparos,  
no pienso más replicaros.

Mi gente aguarda.

CARLOS. Id con Dios;

que más quiero oír cantar  
esos zagales que veis,  
que cuanto vos me podéis  
de vuestra corte acordar.

## ESCENA IX

ENRIQUE; luego, EL DUQUE

ENRIQUE. ¡Válgame el cielo! que un hombre  
como Carlos, tan contento  
viva con su pensamiento.

Justo es que el caso me asombre.

Él vive desengañado;

hace bien, que acuerdo ha sido,  
adonde no es conocido,  
vivir el que es desdichado.

(Sale el Duque.)

DUQUE. Dudoso y confuso espero  
que me digas si estuviste  
con Carlos, y si en él viste  
lo que de su queja infiero.

ENRIQUE. Sí, Señor, con él estuve;  
templar puedes tu recelo,  
porque Carlos...

DUQUE. Ruego al cielo  
no eclipse el sol esta nube  
dime toda la verdad.

ENRIQUE. Digo que vive gustoso,  
y en lugar de estar quejoso,  
da muestras de su lealtad;  
es brioso, despejado,  
y sabio con tales veras,  
que si tú mismo le oyeras,  
le quedaras inclinado.  
No he visto en toda mi vida,  
hombre más gallardo; espanto  
es ver...

DUQUE. No le alabes tanto.  
(Ap. Sospecha, detén la herida.)  
¿Que, en fin, tan contento vive  
en su estado?

ENRIQUE. Sí, Señor.

DUQUE. ¿No ves que es áspid traidor  
la cautela, y se apercibe  
con humildes rendimientos;  
pues tal vez de la humildad  
hace capa la maldad  
para lograr sus intentos?  
Y así, tú luego al instante  
a Carlos me has de llevar  
a palacio; he de apurar  
ni recelo en su semblante.  
Hacer quiero a mi despecho  
hoy una experiencia fiel,  
por ver si descubro en él  
algo de lo que sospecho.

ENRIQUE. Ya parto de tu presencia,  
si bien me parece ociosa  
la diligencia.

DUQUE. Es forzosa

Enrique, esta diligencia.  
ENRIQUE. Yo sé que estás dél seguro.  
DUQUE. No lo sé, amigo; ve luego  
a buscarle. No sosiego,  
pues temo daño futuro. (Vase.)  
ENRIQUE. Hoy, Carlos, de tu fortuna  
voy a ser ciego homicida,  
porque veas que en la vida  
no hay seguridad alguna.

Galería del palacio, adornada con tapices.

ESCENA X

MARGARITA, UnA CRIADA, ACOMPAÑAMIEntO.

MARGARITA. Bien podéis dejarme sola  
en aquesta galería,  
que a ese jardín corresponde.

¡Ay de mí!

CRIADA. Señora mía,  
es tan desusada y nueva  
tu tristeza, que me obliga  
a preguntarte la causa.

MARGARITA. La grande melancolía  
me la suspende en la voz.

CRIADA. No quiero hacer compañía  
a tus males, porque a un triste  
más la soledad le alivia.

(Vase con el acompañamiento.)

ESCENA XI

MARGARITA.

MARGARITA. ¡Que me obligue a desear  
lo que no he visto en mi vida,  
solamente una memoria  
de Carlos! Pero la vista  
¿no tiene en las voluntades  
jurisdicción? La noticia  
puede inclinar un deseo,  
pues la razón que me obliga  
a querer verle, es saber  
las partes que le acreditan;  
y sobre todo, un piadoso  
afecto que me lastima  
de ver que, siendo mi sangre,  
en tanta estrechez viva.  
Aquella flor amorosa,

que sigue al sol, no limita  
su afición, aunque entre nubes  
le vea esconder su activa  
llama; el carbón de esmeralda  
le sopla el aura a caricias;  
y con ademán airoso,  
torciendo el cuello, se inclina  
hacia aquella parte donde  
su rojo esplendor retira.  
Secreto es de las estrellas,  
que en mí y en la flor se cifra,  
y las dos adolecemos  
de la memoria y la vista:  
ella quiere la evidencia,  
yo me inclino a la noticia.  
Mas mi padre...

## ESCENA XII

EL DUQUE.-MARGARITA.

DUQUE.                                ¡Oh, lo que pesa  
una corona adquirida!  
Parece dulce al mirarla,  
pero pesada al sufrirla

MARGARITA. Suspenseo y confuso viene  
vuestra alteza.

DUQUE.                                Cada día  
crece en mi pecho el cuidado  
de Carlos.

MARGARITA.                        De su osadía  
¿Vio Enrique algunos indicios?

DUQUE. No, pero mi duda aviva  
su gran sosiego; que en él  
presumo alguna malicia.

MARGARITA. Un hombre bárbaro y tosco  
que entre peñascos se cría,  
¿Por qué ha de darte cuidado?

DUQUE. Dice Enrique que en su vida  
vio mancebo más discreto;  
y esto es lo que más me irrita,  
pues tal vez obra el discurso  
lo que el corazón no anima.

MARGARITA. (Ap.) Al paso de su alabanza,  
crece en mi amor la porfía.

DUQUE. He mandado que a palacio  
le traigan...

MARGARITA.                        (Ap.) ¡Qué escucho, dichas!

DUQUE. Para ver si en sus razones  
mi sospecha se confirma.

### ESCENA XIII

ENRIQUE.-DICHOS.

ENRIQUE. Ya, Señor, como mandaste,  
traje a Carlos, sin que rinda  
la opinión en lo conforme  
de su suerte.

DUQUE. Tú le obliga  
con aparentes halagos,  
por las salas más lucidas  
le conduce, las alhajas  
le enseña de más estima,  
por si acaso se arrebatara  
con esto su fantasía  
a desearlo por suyo;  
que es de calidad la envidia,  
que lo visible recuerda  
a la atención más dormida.

ENRIQUE. Haré, Señor, lo que mandas. (Vase.)

DUQUE. (Ap.) Mi pena no se mitiga  
hasta apurar el presagio  
que el temor me pronostica. (Vase.)

MARGARITA. Pues ya que todos se han ido,  
quiero quedarme escondida,  
por ver a quien tanto alaban,  
y descifrar este enigma. (Escóndese.)

### ESCENA XIV

ENRIQUE, CARLOS, TIRSO.-MARGARITA, oculta.

ENRIQUE. Mientras que su alteza sale,  
acabad de ver la rica  
ostentación deste cuarto.

TIRSO. Su colgadura es lucida;  
estas figuras que tiene,  
¿no dirá qué significan?

CARLOS. Son los blasones de Rut.

TIRSO. Y no puede ser más linda;  
que los jamones de Rute  
extremadamente abrigan.

Y ¿quién es aquel hombrón  
que pintado se divisa?

CARLOS. Goliat, aquel gigante.

TIRSO. Ese gigante Folías

debía de ser barbero.

MARGARITA. (Al paño.) Con aire y despejo pisa.

TIRSO. Y aquesta ninfa desnuda  
quién es?

CARLOS. La musa Talía,  
la que infunde a los poetas.

TIRSO. Por eso está sin camisa.

Y ¿aquel que guarda los puercos?

CARLOS. El hijo pródigo.

TIRSO. ¡Ansina!

¿El que estaba hambriento?

CARLOS. Él propio.

Él hizo una bobería

en tener hambre; ¿por qué

un lechón no se comía?

¡Qué tostado está del sol,

lleno de trapos! Debía

de ser ropero de viejo.

Y ¿quién es aquél?

CARLOS. Desvía.

MARGARITA. Mucho mejor es el talle  
de lo que pensé.

ENRIQUE. Quería  
preguntaros qué os parece  
aquesa tapicería.

CARLOS. Aún mejor me pareciera  
si, cuando entrando venía,  
no encontrara algunos hombres  
rotos y en miseria esquiva.

ENRIQUE. Pues ¿qué tiene que ver eso  
con lo que os pregunto?

CARLOS. Es hija

deste afecto la razón,  
pues me parece injusticia  
que estén los hombres desnudos  
y las paredes vestidas.

MARGARITA. Vamos despacio, cuidado;  
amor, no os deis tanta prisa.

TIRSO. Yo, si fuera el Duque, hiciera  
colgaduras de cecina,  
y me engordaran mejor;  
ve aquí que llegaba un día  
que no había que comer,  
echaba entonces con prisa  
medio tapiz en la olla,  
y en carne se me volvía.

ENRIQUE. ¿No os agrada esa grandeza?

El oro ¿no os da codicia,  
que es el que honra el valor  
y la nobleza acredita?

CARLOS. ¿Cómo puede acreditar  
una cosa tan indigna,  
que por medios viles puede  
de cualquier ser adquirida?  
La razón, porque le encubre  
la tierra, no es entendida.  
¿Piensan que por ser precioso  
en su centro le retira?  
Pues no lo hace de avarienta,  
antes sí de compasiva;  
como quien dice: «Hombre ciego,  
que a este metal tanto aspiras,  
quitarle quiero a tus ojos,  
sólo por ver si le olvidas;  
que el hacértelo imposible,  
es piadosa tiranía  
para que tú no le busques;  
que es rigor, si bien lo miras,  
que lo que tan poco vale  
te cueste tanta fatiga.»

MARGARITA. Por instantes va creciendo  
mi amor; más quien no se inclina  
a un discreto, mucho ignora.

ENRIQUE. Si por mejorar de vida  
os quisiesen dar el reino,  
¿Qué hicierais?

TIRSO. Lo aceptaría.

CARLOS. No hiciera tal.

TIRSO. ¿Cómo no?

Señor, mi amo delira;  
hace versos, come poco,  
y es filósofo de esquina.  
Di que sí, hombre del diablo,  
valga el demonio tus tripas.  
¿Tus estados no te dan?  
¿Han de darte alcafonías?

CARLOS. No acetara.-Aparta, loco.

ESCENA XV

EL DUQUE.-DICHOS.

(Sale Margarita de donde estaba oculta.)

DUQUE. ¿Qué es aquesto?

TIRSO. (Ap.) En la ceniza

dimos con todos los huevos.

ENRIQUE. Una ingeniosa porfía  
de Carlos, que menosprecia  
su grandeza.

DUQUE. (Ap. Hipocresía  
puede ser ésta.) A mis brazos  
llega, Carlos.

CARLOS. En ti cifra  
todo su ser mi esperanza.

DUQUE. Siempre mi afecto te estima,  
pues bien sabes que no ignoro,  
Carlos, que eres sangre mía.  
Yo te he llamado, por ver  
que indignamente asistías  
en la aldea; pero ahora  
con más piadosa caricia,  
porque mejores de suerte,  
quiero que a mi lado vivas,  
y así gusto que en palacio  
te quedes. (Ap. Si me replica,  
es un indicio eficaz  
de que venganzas fabrica.)

MARGARITA. (Ap.) Pluguiera a Dios se quedara.  
Ea, alentemos, desdichas.

DUQUE. ¿No respondes?

CARLOS. (Ap. La atención  
me arrebató Margarita.)  
Señor, como acostumbrado  
a aquella rústica vida,  
de pena, y no de regalo,  
me servirán las delicias.

TIRSO. Él, gran Señor, no hace caso,  
de capones y gallinas,  
y voto al sol, que en el monte,  
no se ve hartado de migas;  
es un necio, un ignorante.-  
hombre, acepta.

CARLOS. Necio, quita.

TIRSO. ¿Te hacen príncipe y no quieres?

¿Qué intentas? ¿Qué determinas?

¿Quieres ser sastre o frutero?

DUQUE. ¿Qué resuelves?

TIRSO. No replica;  
dice que quiere quedarse,  
con condición, y precisa,  
que se le prevenga el cuarto  
dentro de vuestra cocina.



DUQUE. Esto no es violencia, Carlos;  
libre te dejo a que elijas.

CARLOS. Yo, Señor, más me acomodo  
a aquella apacible vida  
del campo, donde mis años  
logran la edad más florida.  
Aquí a todos falta el tiempo.  
Que es la más preciosa y rica  
joya del mundo, allá sobra:  
luego goza de más dicha  
quien posee lo mejor;  
luego, allí logro más vida,  
que al sobrarme el tiempo, es fuerza  
que se me alarguen los días.

DUQUE. (Ap. Mi sospecha ha sido cierta,  
cuya razón se confirma.)  
Parece que contradice  
a tu valor ver que estimas  
más la quietud que la guerra.

CARLOS. Pues tú, Señor, ¿en tranquila  
paz no gozas tus estados?  
Si osada alguna provincia,  
contra mi patria y tu frente  
alzara la suya altiva,  
entonces, trocando el ocio  
por la militar fatiga,  
me temblara el mundo, asombro  
contra su rebelde cisma.

La furia usurpando al rayo,  
(Arrebatándose.)  
que bastarda nube abriga,  
la deshiciera de suerte,  
que aun del sol la crencha riza,  
arrastrada a los impulsos  
de mi enojo y de mis iras,  
la ultrajara, porque fuese  
triumfo de tu planta invicta;  
porque a mi valor...

DUQUE. Detente.

¿Que queso hicieras?

CARLOS. Sí, haría.

TIRSO. Que aunque somos pollos crudos,  
no es lo mismo ser gallinas.

DUQUE. (Ap. Vive Dios que le he temido,  
y que el valor que publica  
a efecto mayor conduce  
su pretexto: bien lo indica

el impensado accidente  
con que de su pasión misma  
se dejó llevar. No hay duda,  
para templar su osadía  
prenderle será mejor,  
que lo que ha dicho es enigma  
de su intención; asegure  
su prisión mi tiranía.)  
pues ya que tu ingratitud  
antepone a mi caricia  
el gusto de vivir solo,  
y mi lado desestimas,  
quiero dejarte en tu error;  
que pues mi amor no te obliga,  
digno eres deste desprecio,  
aunque tienes sangre mía. (Vase.)  
TIRSO. Y ¿qué importa que los dos  
seáis de una sangre misma,  
si tú te quedas relleno,  
y Carlos tripa vacía?  
CARLOS. Pues yo ¿qué ocasión he dado,  
gran Señor, que así te irritas?  
ENRIQUE. No es poca, Carlos, pues cuando  
con la ventura os convida  
su alteza, vos, desatento,  
dais motivo a que se diga  
que de vuestros ascendientes  
ajáis la nobleza antigua,  
oscureciendo entre peñas  
tanta estirpe esclarecida. (Vase.)

#### ESCENA XVI

CARLOS, MARGARITA, TIRSO.

MARGARITA. Y con razón, pues quien nace  
como vos, por sí se obliga  
a mayores vencimientos,  
pues supone cobardía  
quien no intenta empresas altas.  
CARLOS. Ha sido mi suerte esquiva.  
MARGARITA. ¿Qué sabéis vos si en la corte  
os espera alguna dicha?  
CARLOS. Una sola, gran Señora,  
espero; mas, como dista  
tan lejos de lo posible,  
me acobarda y me retira.  
MARGARITA. ¿Qué dicha es ésa?

CARLOS. Una sombra  
que engendró mi fantasía,  
y porque soy desdichado,  
el tiempo me la limita.  
MARGARITA. ¿Dicha llamáis a una sombra?  
Eso parece que implica  
a lo que decís.  
CARLOS. Pues ¿cuándo  
no han sido sombras las dichas?  
MARGARITA. Pues decidla.  
CARLOS. Es arriesgarla.  
MARGARITA. ¿Qué riesgo tiene?  
CARLOS. Algún día  
lo sabréis.  
MARGARITA. Yo, ¿para qué?  
Carlos, cuando la osadía  
falta en los pechos bizarros,  
y sólo al sosiego aspiran  
de las dichas, no se quejen  
nunca, pues si bien se mira,  
quien no supo pretenderlas,  
muy mal sabrá conseguirlas. (Vase.)

ESCENA XVII  
CARLOS, TIRSO.

CARLOS. (Ap.) ¿Qué es esto que por mí pasa?  
Qué oscura nube la vista  
me ciega a injustos silencios  
que de mí propio me olvidan  
¡Válgame el cielo! ¡Otro goza  
esta corona que es mía,  
y por omiso me ultraja  
el propio que me la quita!  
sin duda en torpe letargo  
tengo la atención dormida,  
pues mis propios enemigos  
a que despierte me avisan.  
Ea, valor, ¿para cuándo  
guardáis las constantes iras?  
¿no soy yo dueño absoluto  
de Parma? No lo publica  
mi razón? Pues cómo sufro  
de un tirano esta injusticia?  
¿Así de mis ascendientes  
vengo la ilustre ceniza  
de tanto laurel agosto,

que el duro bronce eterniza?  
Vuelva la lisonja verde  
a enlazar mi frente altiva.  
De mi primo el de Milán  
cartas tengo, en que me avise  
que ha de restaurarme el reino;  
justo será que yo admita  
su favor; escribiréle  
para que de mí inducidas  
sus huestes, talando a Parma,  
mi ofensa el tirano gima.

#### ESCENA XVIII

ENRIQUE, SOLDADOS.-DICHOS.

ENRIQUE. (Deteniendo a Carlos.) Tened, Carlos.

CARLOS. Pues ¿qué es esto?

ENRIQUE. Que os deis a prisión.

TIRSO. Maldita

sea el alma que tal diera.

CARLOS. ¿Qué razón...

ENRIQUE. No hay que inquirirla;

que el que lo manda la sabe,

y vos no ignoráis su enigma.

CARLOS. Si es culpa el ser infeliz,

justo precepto le anima.

ENRIQUE. Carlos, yo sólo ejecuto

lo que el Duque determina.-

Guardas, llevadle a esa torre.

#### ESCENA XIX

MARGARITA.-DICHOS.

MARGARITA. Esperad.

CARLOS. (Ap.) ¿Qué es lo que miran

mis ojos! Sólo mi enojo

pudo templar Margarita.

MARGARITA. ¿Qué es esto?

ENRIQUE. A llevar a Carlos

preso, vuestro padre envía.

MARGARITA. ¿Por qué culpa?

ENRIQUE. Él no la ignora.

MARGARITA. Es crueldad.

ENRIQUE. Él la examina.

MARGARITA. A sí se agravia.

ENRIQUE. Él lo entiende.

MARGARITA. Es rigor...

ENRIQUE. No es injusticia.  
MARGARITA. A su sangre.  
ENRIQUE. Es poderoso.  
CARLOS. Gran Señora, (Ap. amor, albricias,) pues ¿vos volvéis por mi causa?  
TIRSO. (Ap.) La boca se le hace almíbar.  
MARGARITA. (Ap. Para encubrir mi pasión me preste amor su osadía.)  
No es volver por vuestra causa, Carlos, sino por la mía.  
A mí ¿qué puede importarme vuestra libertad? Estriba solamente esta piedad en ver que si se publica vuestra inocencia en el reino, puede haber una ruina, y antes que otro lo mormure, mejor es que yo lo diga.  
ENRIQUE. Carlos, venid.  
MARGARITA. No; sin guardas le llevad.  
ENRIQUE. Piedad sería, mas su alteza me ha mandado que así sea.  
MARGARITA. ¡Cosa indigna! ¿Quién pudo mandarlo?

ESCENA XX  
EL DUQUE.-DICHOS.

DUQUE. Yo, pues la razón que me obliga a prenderle, en mi secreto se reserva y justifica. Llevadle.  
CARLOS. Señor...  
DUQUE. No es tiempo de escucharte, Carlos.  
MARGARITA. Mira...  
DUQUE. No hay qué mirar.-¿Ya no he dicho que le llevéis?  
CARLOS. Si es precisa esta violencia, gustoso he de obedecer.  
DUQUE. (Ap.) Resista todo mi temor la industria. (Vase.)  
MARGARITA. (Ap.) ¡Ay cielos!

CARLOS. (Ap.) ¡Ay Margarita!  
ENRIQUE. Rigor el Duque ha mostrado. (Vase.)  
CARLOS. (Ap.) Sin calma voy.  
MARGARITA. (Ap.) Voy sin vida.  
CARLOS. Porque la dejo en sus ojos.  
MARGARITA. Porque siento su desdicha. (Vase.)  
TIRSO. Carlos, déjate prender;  
que nuesa aldea me avisa  
que he de ser alcalde ogaño,  
y te guardaré josticia.

## Jornada segunda

Salón del palacio.

ESCENA PRIMERA

EL DUQUE DE PARMA, MARGARITA, ACOMPAÑAMIENTO.

DUQUE. Esto, Margarita, es cierto;  
mira ahora si fue error  
tener tan justo temor.

MARGARITA. No porfío, mas te advierto,  
Señor, que Carlos está  
en su prisión, olvidado  
de tu corona y tu estado;  
sólo cuidado le da  
ver que el uso no posea  
de su agreste inclinación:  
todos sus deseos son  
la caza, el campo y la aldea.  
Y si el Duque de Milán  
rompe la guerra contigo,  
ya sabes que es tu enemigo;  
otros motivos tendrán  
sus armas, sin el aviso  
de Carlos, que no le llama.

DUQUE. Nunca ha mentido la fama,  
y en este caso es preciso.  
Del de Milán por mi estado  
el ejército entra ya;  
¿Qué seguridad habrá  
que dél no ha sido llamado?  
Margarita, este recelo  
que en mí tiene el corazón,

en quien jamás hay traición,  
le ocasiona mi desvelo;  
y el medio que hay de saber  
la verdad, porque mejor  
se remedie...

MARGARITA. ¿Qué es, Señor?

DUQUE. Que tú te entrases a ver.

MARGARITA. ¿Yo, Señor?

DUQUE. Pues ¿por qué no?

¿A tu primo fuera exceso,  
cuando importa?

MARGARITA. No. (Ap. más eso

lo estoy deseando yo.

¡Qué poco mi padre alcanza,  
pues no ve que mueve así  
una inclinación en mí,  
y en Carlos una venganza!)

Y ¿qué he de intentar, Señor?

DUQUE. Este mozo, Margarita,

si de su agravio se irrita,  
tiene sobrado, valor  
para arrojarse al empeño  
de quitarme la corona;  
lo más de Parma blasona  
que es su legítimo dueño.  
Si sus parciales le ven,  
Él es discreto, prudente,  
sagaz, osado y valiente;  
y si supiese también  
que el de Milán por mi estado  
entra ahora en su favor,  
no fuera en vano el temor  
de que aún no me he asegurado.

Tu hermosura singular  
a toda Parma admiró;  
si él la ve, no dudo yo  
que le puedas inclinar,  
y que su inclinación sea  
el medio más eficaz  
con que tu industria sagaz  
averigüe, escuche y vea  
su Pecho, y si al de Milán  
ha llamado, y si ha querido  
restaurar lo que ha perdido,  
o a qué sus intentos van;  
que si él es tan atrevido  
que se mueve a tu hermosura,

no hay duda de que es segura  
la sospecha que he tenido.

Margarita, este cuidado  
venza tu industria fiel.

MARGARITA. Pues si me casas con él,  
todo queda remediado.

DUQUE. ¿Qué es casarte? ¿A esa indecencia  
se humilla tu pensamiento,  
y aspira tu casamiento  
Mántua, Ferrara y Florencia?

Y cuando dicha mayor  
tu estado no multiplique  
con otro príncipe, Enrique,  
tu primo, ¿no era mejor?

MARGARITA. Pues ¿tú no dices, Señor,  
que le procure inclinar?

DUQUE. Sí, mas para averiguar  
con la ocasión de su amor  
mi sospecha.

MARGARITA. Luego ¿no es  
para casarme?

DUQUE. Eso no.

MARGARITA. Pues ¿no he de ir a verle yo,  
y a agasjarle cortés,  
por si inclinado le veo  
a mis ojos?

DUQUE. Eso sí.

MARGARITA. Pues no te enojés así;  
que eso es lo que yo deseo.

DUQUE. Pues Margarita, al instante  
le has de ver.

MARGARITA. Digo, Señor,  
que voy a hacerle el favor  
que me mandas.

DUQUE. Y si amante  
le hallas, sea su cuidado  
examen de mi temor.

MARGARITA. Pues si él me quiere, Señor,  
todo queda remediado.

DUQUE. Éste en ti es exceso justo.

MARGARITA. Con mi obediencia se mida.

DUQUE. ¿Vas con pesar?

MARGARITA. En mi vida  
te obedecí con más gusto. (Vase.)

ESCENA II

TIRSO, dentro; luego ENRIQUE.-EL DUQUE.



TIRSO. (Dentro.) Déjenme que a Carlos vea.

DUQUE. ¿Qué es eso?

ENRIQUE. (Sale.) Estela, Señor,  
ocasiona este rumor  
con la gente del aldea,  
que a pedirte a Carlos viene,  
y dice que te ha de hablar.

DUQUE. Lleguen, dejadlos entrar.

### ESCENA III

TIRSO, con vara de alcalde; ESTELA, LAURETA.-DICHOS.

TIRSO. ¡Qué linda frema se tiene  
el Duque, cuando aquí llama  
un alcalde a visitalle!  
Voto a Dios, que he de soltalle,  
aunque esté preso en su cama.  
La vara me dio el Concejo,  
y pues só alcalde, a pesar  
de todos le he de soltar,  
aunque me rompa el pellejo.

DUQUE. ¿Qué dices?

LAURETA. Calla, tontón;  
que es el Duque el que está aquí.

ESTELA. Cielos, yo llego sin mí.

TIRSO. Esté el Duque y el ducón  
y el ducado; que si osados  
me obligan a que me aburra,  
en vendiendo yo la burra,  
tendré catorce ducados.

ENRIQUE. Ya el Duque espera, Señora;  
llegad.

TIRSO. Yo quiero llegar.

ENRIQUE. Tenéos vos.

DUQUE. Dejadle hablar.

TIRSO. Déjenme a mí habrar ahora  
que a mí el Concejo me envía  
por su majador aquí,  
y sólo me toca a mí  
decir la majadería.

DUQUE. Decidla pues.

TIRSO. Sí diré.

Ven acá, ¿con qué malicia,  
sin orden de la josticia,  
habéis preso a Carlos, eh?  
Habéisla hecho buena, Adán,

como el cura mos decía;  
pues en verdad que podía  
costaros la torta un pan.  
¿Sabéis vos del Concejillo  
la potestad que tenemos,  
que si apela allá, podemos  
condenaros a un presillo?  
¿Cómo así a Carlos prendisteis,  
Señor de mueso lugar?  
Tratadle pues de soltar,  
o ver para qué nacisteis;  
que no se ha de ir sin Carlitos  
Estela, y la puerta franca,  
y que no te lleven branca  
para quitalle los grillos.  
Esto os notifico a vos,  
mandadlo, Señor, por mí;  
que si no lo hacéis así,  
nos volveremos con Dios.

LAURETA. Bruto, menguado, ignorante,  
¿Qué dices?

TIRSO. (Ap.) En mí no quepo;  
que he de metelle en un cepo,  
si no le suelta al instante.

ESTELA. Señor su simplicidad  
disculpe su error grosero;  
y si le dan vuestras plantas  
lugar a mi rendimiento,  
que me escuchéis os suplico.

DUQUE. Alzad, Estela, del suelo,  
y decid, que ya os escucho.

ESTELA. De vuestra piedad lo espero.

No ignoraréis, gran Señor,  
el debido sentimiento  
con que por Carlos, mi hermano,  
a vuestra presencia vengo.  
Por él el perdón os pido  
destas lágrimas que vierto  
que no se ofende el decoro  
de las lágrimas del ruego.  
Preso, Señor, le tenéis,  
con escándalo del pueblo  
y con rigor; no lo extraño,  
si la causa considero;  
porque si decís que Carlos  
quiere quitaros el cetro,  
no extraño lo riguroso,

lo engañado es lo que siento.  
Carlos, Señor, se ha criado  
en la aldea, tan contento  
de aquel corto Señorío,  
que para envidiar el vuestro  
era menester, Señor,  
que entre aquestos dos extremos  
diera menos gusto el suyo,  
y el vuestro menos desvelo.  
Él vive allí retirado,  
sin envidias ni deseos,  
porque sin vuestros cuidados  
goza allí de vuestro imperio.  
Sus palacios son los campos,  
de quien es alcaide el tiempo,  
a cuya cuenta los meses,  
uno entrando, otro saliendo,  
sus anchas piezas adornan  
de naturales aseos.  
Allí, Señor, goza Carlos  
el mismo decoro vuestro,  
de criados asistido,  
que paga a su cuenta el cielo.  
Mirad con tal mayordomo  
si podrá vivir contento,  
pues siendo él quien a la tierra  
llena de frutos el seno,  
y ella quien los atesora  
para el gusto de su dueño,  
siempre está rica su casa,  
su familia sin empeño;  
pues para que no le pueda  
faltar algo en ningún tiempo,  
viene a ser el mayordomo  
quien socorre al tesorero.  
Su camarero es el sol,  
que mide a su curso el sueño,  
pues poniéndose, le acuesta,  
y le levanta naciendo.  
Y de todos sus criados  
puede estar tan satisfecho,  
que no inquietan sus oídos  
la ambición del lisonjero,  
la queja del mal pagado  
ni la porfia del necio,  
su mesa, Señor, compuesta,  
no de manjares compuestos,

llenar de sabrosos platos  
todos los cuatro elementos.  
Tierra, fuego, viento y agua  
se la regalan, sirviendo  
aquel manjar cada uno  
que le ha sazonado el tiempo,  
tan fácilmente, que a veces,  
de sazonada, cayendo  
desde la rama a la mesa,  
le sirve la fruta el viento.  
Pues si esa pompa, Señor,  
goza con este sosiego,  
¿Por qué imaginas que aspira  
a la que es de tanto riesgo?  
O si no, para pensarlo,  
¿Qué indicios tenéis, qué intentos,  
o de vos reconocidos,  
o escondidos en su pecho?  
¿Qué armas ha juntado Carlos,  
que escuadrones ha compuesto,  
qué vasallos os conjura,  
o qué castillos ha hecho?  
¿Qué casa fuerte apercibe?  
porque él está tan ajeno  
como de ser ofendido,  
de imaginar de ofenderos;  
pues de la casa que vive,  
todas las puertas adentro,  
porque las cierre una tranca,  
tienen un hoyo en el suelo.  
La pieza de su armería  
es un colgadizo techo,  
cubierto con toscos aliño  
de las cañas de un centeno.  
Sus armas son trillos, palas,  
horcas, arados, y entre ellos,  
azadas, hoces y yugos,  
y otros varios instrumentos.  
Ni los picos de la azada,  
ni los dentados aceros  
de las corvas hoces, son  
armas para dar recelo.  
Sólo débiles espigas  
siegan sus filos groseros,  
hiriéndolas por las plantas  
para derribar sus cuellos.  
Lo que dél no está seguro,

contra quien se arma su esfuerzo,  
son las fieras en el bosque  
y las aves en el viento.

Unas rinde a su violencia,  
y otras a su impulso diestro;  
ni su furor guarda al bruto,  
ni al ave libra su vuelo,  
pues en el tiro y el golpe  
del cañón y del acero,  
es con la espada pesado,  
y con el plomo ligero.

Pues si en esto, Señor, gasta  
Carlos su bizarro aliento,  
¿Con qué indicios presumís  
que se anima a tal empeño?  
Si de maliciosa envidia  
los venenosos acentos  
causan por vuestros oídos  
esa ponzoña en el pecho,  
de la inocencia del suyo  
y las lágrimas que vierto,  
formad, Señor, la triaca  
de aquese mental veneno.

A vuestros pies arrojada,  
no he de levantarme dellos,  
sin que me deis a mi hermano;  
y si piadoso no os muevo,  
si la verdad no le vale,  
ni yo a mi dolor os venzo  
mandadme quitar la vida;  
que si a mi hermano no llevo,  
con una muerte piadosa  
le excusáis dos a mi pecho.

TIRSO. Sí, Señor, si su mesté  
no nos saca a Carlos luego,  
ándela matar a Estela,  
y que mos den un refresco.

DUQUE. Estela, cuando mi sangre  
es tan vuestra, creed que es cierto  
que hay culpa en Carlos que obliga  
al rigor con que le prendo;  
y basta estar asegurado  
de todo lo que sospecho,  
ni habéis de verle en la aldea,  
ni él quedar vivo, si es cierto. (Vase.)

ESTELA. Señor, oíd, escuchad.

ENRIQUE. Ni aun a hablarle yo me atrevo;

que a quien no mueve ese llanto  
no le han de obligar mis ruegos. (Vase.)

#### ESCENA IV

LAURETA, ESTELA, TIRSO.

ESTELA. ¡Ay Laureta! ¡ay Tirso! Amigos,  
en tanto rigor, ¿qué haremos?

LAURETA. Ay Señora, pide al Duque  
que le deje ver.

TIRSO. Paguemos  
a dos cuartos cada uno  
porque nos le enseñen preso.

ESTELA. ¡Que me he de ir sin ver a Carlos!

TIRSO. ¿Qué llamas irte? Eso niego;  
llámenme aquí al escribano,  
proveeré un auto al momento,  
que, pena de diez ducados,  
entregue a Carlos el viejo.

LAURETA. ¿Qué ha de entregar, mentecato?

TIRSO. Entregará a su maestro;  
que a este viejo para Judas  
sólo falta lo bermejo.  
Un auto he de proveerle.

LAURETA. ¿Qué has de proveer, majadero?

TIRSO. Yo no he de salir de aquí  
sin proveer algo bueno.

ESTELA. ¡Ay Carlos! ¡ay Duque injusto!  
¡Sin vida y sin alma quedo!

TIRSO. Voto al sol, que ya he pensado  
un bravo arbitrio.

LAURETA. ¿Qué haremos?

TIRSO. Echémosle por soldado;  
que esto no tiene remedio.

LAURETA. Calla, simplón.

ESTELA. Ven, Laureta  
que voy sin mí.

#### ESCENA V

ENRIQUE.-DICHOS.

ENRIQUE. Detenéos.

ESTELA. ¡Ay Dios! ¿qué decís, Señor?

ENRIQUE. Que el Duque piadoso, atento  
a vuestro llanto y decoro,  
y que estando Carlos preso,  
no es bien que vos estéis sola,

me ha mandado deteneros;  
y a la hermosa Margarita,  
vuestra prima, que en su mismo  
cuarto el hospedaje os haga,  
decente a vuestro respeto.

ESTELA. Y ¿ése es respeto o prisión?

ENRIQUE. Señora, con vos es cierto  
que es atención de su sangre.

ESTELA. Uno u otro, yo no puedo  
replicar ni resistir;  
y así, por fuerza obedezco.-  
ven tú, Laureta, conmigo.

LAURETA. Yo a seguirte me resuelvo.  
¡Ay Tirso! Acá nos quedamos.

TIRSO. ¿Qué llama quedarse? ¡Bueno!  
pues ¿me prende a mi mujer?

ENRIQUE. No hace tal.

TIRSO. Y ¿yo voy preso?  
Vos libre vais.

TIRSO. Pues molgara  
de que se atreviera el viejo  
a prender aquí un alcalde,  
por verle quedar suspenso,  
e irregular para siempre.

ESTELA. Vamos, Señor.

ENRIQUE. (Ap.) ¿Quién al cielo  
vio tan hermoso nublado?

ESTELA. Ya aquí mi esperanza es menos. (Vase.)

ENRIQUE. (Ap.) ¡Quién pudiera dar a Estela  
de Margarita el trofeo! (Vase.)

TIRSO. Hoy he de librar a Carlos,  
pues ha pensado mi engaño  
una gran escartagama  
contra el Duque, y si no puedo,  
en topando sus cochinos  
en el prado, voto al cielo,  
que los he de apedrear  
hasta encojar a dos dellos. (Vase.)

Sala de la torre. Una reja en el fondo.

ESCENA VI

CARLOS, sentado, con cadena a los pies, MARGARITA, EL ALCAIDE, DAMAS.

MARGARITA. (Desde la puerta.) ¿Qué hace Carlos?

ALCAIDE. Resistir  
de las cadenas el peso,

sentado allí en una silla,  
triste, confuso y suspenso.

MARGARITA. Retiráos, Alcaide, vos;  
que hablarle a solas intento.

ALCAIDE. Ya os obedezco, Señora,  
(Vase con las damas.)

## ESCENA VII

MARGARITA, CARLOS.

CARLOS. ¡Ay de mí, que sin luz muero!

MARGARITA. (Ap.) ¡Qué triste está y qué quejoso!

¡Ah ciega ambición, qué yerros  
tan sin discurso cometes,  
pues le manda a mi deseo  
mi padre que yo averigüe  
lo mismo que estoy queriendo!

CARLOS. La cláusula de mi vida  
es ya esta prisión, ni tengo  
respuesta del de Milán,  
ni ya recibirla puedo;  
que aunque para darle aviso,  
cuando era menor mi aprieto,  
tuve modo, ya el rigor  
es más, y ninguno el medio.

MARGARITA. (Ap.) Discurriendo está entre sí;  
cogerle de susto quiero.

CARLOS. ¡Ay Duque! ¡Ay injusto tío!

De mí te ofendes en vano.  
¿No estás gozando, tirano,  
un estado que era mío?  
¡Ni aun mi corto Señorío  
seguro está a tu traición!  
Si a prenderme sin razón  
mi humilde quietud te irrita,  
los ojos de Margarita  
¿No eran bastante prisión?  
¿De qué te sirve este exceso  
donde están mi amor y ella?  
Sólo con dejarme vella  
pudiste tenerme preso.  
y más seguro con eso  
me tenía tu ambición,  
pues siendo del corazón  
ella alcaide y homicida,  
tenía pena de la vida  
en salir de la prisión.



MARGARITA. ¿Carlos?

CARLOS. ¿Quién es? ¡Ay de mí!

(Ap. Mas, cielos, ¡qué es lo que miro!)

MARGARITA. ¿Qué dudáis?

CARLOS. Mi dicha admiro,

Señora, el veros aquí,  
pues cuando estaba entre mí  
discurriendo en los enojos  
de mi mal, si sus antojos  
no engañan al corazón,  
al pensar en mi prisión,  
me ha ofrecido vuestros ojos.

MARGARITA. ¿Qué hay en ellos?

CARLOS. Está viendo

mi fe una prisión que adora,  
y una cadena, Señora,  
que se arrastra sin estruendo.  
en ellos muero viviendo,  
ellos mi quietud alteran  
y aunque libertad me dieran,  
movidos de su piedad,  
perdiera la libertad  
si volvérmela quisieran.

MARGARITA. ¿Vos os declaráis así  
conmigo? ¿Qué es esto?

CARLOS. Amor,

que os justifica el rigor  
con que me tenéis aquí.

MARGARITA. y ¿ése no es delito?

CARLOS. Sí.

MARGARITA. Más de escucharos me irrita  
confesar lo que no admito.

CARLOS. Pues en tanta sinrazón

¿Había causa en mi prisión,  
si ése no fuera delito?

Delito es, Señora mía,  
y por él muerte merezco,  
y aun toda la que padezco  
no castiga mi osadía.

Yo os miré, y desde aquel día...

MARGARITA. Callad, ¿qué decís? Parece

que estáis sin juicio. (Ap. Encarece  
tu amor, Carlos, ve adelante;  
que aunque enojas al semblante,  
el alma te lo agradece.)

Pues ¿acaso os prendí yo?

CARLOS. Pues ¿no lo miráis en mí?

MARGARITA. Yo no.

CARLOS. Agora conocí  
que el sentido se trocó.  
Él, sin ser él, me prendió;  
que si los que me han rendido  
vuestros dos soles han sido,  
para usar de sus enojos.  
Han dejado de ser ojos,  
pues no ven lo que han prendido.

MARGARITA. Carlos, el entrar a veros  
ni es piedad ni es atención;  
que de una y otra es indigno  
quien intenta lo que vos.  
(Ap. Bien sabe amor lo que finjo;  
mas él me dará ocasión  
para dárselo a entender.)  
Hoy entra en vuestro favor  
por los estados de Parma  
el de Milán, y de vos  
sé que ha venido llamado.

¿Justifica este rigor  
con que os ha preso mi padre  
vuestro amor o esta traición?

CARLOS. (Ap. ¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho?  
Sin duda alguna llegó  
al de Milán el aviso  
que envié de la prisión.)  
¿Qué es lo que dices, Señora?

MARGARITA. Lo que vos sabéis mejor;  
que es quitarme la corona  
con sus armas.

CARLOS. Eso no,  
porque todas las coronas  
que son del mundo blasón  
fueran pocas en mi mano  
para ponerlos a vos.

MARGARITA. Pues Carlos, aunque mi padre  
os trate con tal rigor,  
bien os podéis fiar de mí;  
que aunque os examino yo,  
es por si puedo ampararos.

CARLOS. Pues si eso es cierto, traición  
fuera negaros mi pecho,  
si dueño del alma sois.

MARGARITA. Luego ¿es verdad lo que digo?

CARLOS. Sí, mas con esta atención.

MARGARITA. (Ap. Cielos, si mi padre sabe

que esto es cierto, en su rigor  
tiene gran peligro Carlos;  
pero callaré yo.)  
Proseguid.

#### ESCENA VIII

EL DUQUE, que observa desde la puerta.-DICHOS.

DUQUE. (Al paño.) De Margarita  
la obediencia me llamó.  
Con Carlos está, e intento  
informarme de su voz  
en lo que teme mi duda.

MARGARITA. ¿No proseguís? (Ap. Mas ¡ay Dios!  
mi padre lo está escuchando,  
y ha llegado en ocasión  
que Carlos va a declararse;  
su vida arriesga en su voz.  
¿Qué haré, cielos?)

CARLOS. Ya, Señora,  
que habéis entendido vos;  
lo que parece delito,  
oíd la satisfacción.  
Verdad es...

MARGARITA. Ea, callad,  
que es ya insufrible el error  
de quererme persuadir  
a que estáis sin culpa vos;  
y aunque crea, como es cierto,  
que aunque os venga a dar favor  
de vos no ha sido llamado  
el de Milán, ni al blasón  
aspiráis desta corona,  
porque la tenéis mejor  
en la quietud de la aldea  
(Que esto muy bien lo sé yo),  
presumo que habéis tenido  
noticia de esta traición,  
y no la habéis publicado.

DUQUE. Según esto, mi temor  
no ha sido cierto.

CARLOS. Señora,  
¿Qué decís? Que lo que vos  
decís que yo no he emprendido,  
es mi fineza mayor,  
porque el de Milán, mi primo,  
viene...

MARGARITA. Eso ya lo sé yo.

¿Quieres que ignore que viene,  
cuando apercibiendo estoy  
mis armas en mi defensa?  
(Ap. ¿Qué haré, cielos? ¡Sin mí estoy!  
Que Carlos va a declararse  
sin saber su riesgo, y yo  
no puedo avisarle dél.)

CARLOS. Señora, escuchad por Dios  
mi primo viene por mí.

MARGARITA. Claro es que viene por vos;  
pero vos no le llamáis;  
que él quiere daros favor  
por su sangre.

CARLOS. No, Señora,  
sino que de mi prisión...

MARGARITA. ¿Qué prisión, Carlos? ¿Hay duda  
de que intenta su valor  
libraros della? Eso es cierto;  
mas no ha sido porque vos  
hayáis movido sus armas,  
porque eso fuera traición.  
Aquí no hay otro remedio;  
necio estáis. Carlos, adiós.

CARLOS. Señora, que os engañáis;  
que antes le he llamado yo,  
y sus armas son movidas  
de mi aliento y mi razón  
para restaurar mi estado;  
que no he de negaros yo  
lo que intento, por finezas  
de mi sangre y de mi amor:  
yo he provocado a mi primo.

DUQUE. ¿Qué es lo que escucho? ¡Ah traidor!

MARGARITA. (Ap. Acabóse. En lindo estado  
quedan su vida y mi amor.)  
¿Qué decís, Carlos? ¿Ahora  
volvéis con aquese error,  
después de haberlo negado,  
y asegurádome yo?

CARLOS. ¿Yo negar, Señora? ¿Cómo?  
Lo que tengo por blasón,  
queréis que niegue mi aliento?  
Al Duque pedí favor  
para restaurar mi estado,  
por lograr luego la acción  
de ponerle a vuestros pies;

y a no ser su dueño yo,  
intentara adquirir otro  
por coronaros a vos.

Esto, Señora, es verdad.

DUQUE. ¡Qué cierto fue mi temor!

MARGARITA. (Ap. Lindamente hemos quedado  
con toda mi prevención.)

En fin, ¿qué queréis cobrarle,  
por dármelo? ¿No es mejor,  
si me le habéis de volver,  
dejarme en la posesión?

CARLOS. No, Señora, que no quiero  
que entendáis, contra mi amor,  
que os la deja vuestro padre,  
pudiendo dároslo yo.

MARGARITA. (Ap.) Qué pronta la razón tuvo,  
porque a su mal importó!

Si fuera para su bien,  
¿Mas que no hallaba razón?

DUQUE. Esto está ya declarado.  
no hay que esperar más, sino  
asegurar mi corona.

(Saliendo de donde estaba retirado.)

¿Margarita?

MARGARITA. Gran Señor.

DUQUE. pues ¿tú aquí? ¿a qué intento?

MARGARITA. Carlos,

aunque os enoja, Señor,  
es mi primo, y esto es deuda  
de mi sangre y mi atención.

DUQUE. No es mi sangre quien aspira  
a mi corona.-Idos vos,  
no estéis más en mi presencia;-  
ni tú hables con un traidor.

CARLOS. (Ap.) ¡Ay Dios! La prisión más dura  
es negarme esta prisión. (Vase.)

## ESCENA IX

ENRIQUE.-EL DUQUE y MARGARITA.

(Tocan al arma, y sale Enrique.)

DUQUE. Pero ¿qué alboroto es éste?

ENRIQUE. El de Milán, gran Señor,  
está ya a vista de Parma,  
y la ciudad, con temor  
revuelta y confusa, espera  
a ver tu resolución.

DUQUE. Margarita, ya tu industria  
averiguó mi temor;  
ahora importa remediarle;  
mas esta resolución  
no es para tu tierno aliento.  
retírate tú, que yo  
pondré remedio a este daño.

MARGARITA. Ya te obedezco, Señor.

(Ap. A Carlos dar muerte quiere.  
¿Qué haré, cielos? ¡sin mí voy!  
Pero por ver si hay remedio  
escucharé su intención.) (Se oculta.)

DUQUE. La loca osadía, Enrique,  
del de Milán, que se entró,  
despreciando mis fronteras,  
hasta Parma, donde estoy  
asegurado por ellas,  
pagará sin dilación;  
porque vendrá de mis plazas  
saliendo la guarnición,  
con que quedará cortado  
y castigado su error.

ENRIQUE. A escala vista pretende  
asaltar sus muros hoy,  
si no te entregas a Carlos.

DUQUE. Logrará su pretensión;  
mas no se le daré vivo.

ENRIQUE. Pues ¿cómo ha de ser, Señor?

DUQUE. Dándole muerte esta noche.

ENRIQUE. ¿No es mucha resolución?

MARGARITA. (Al paño.) ¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho?

DUQUE. Sí; más mi riesgo es mayor.

Tú has de darle muerte, Enrique,  
con un veneno, y los dos  
lo hemos de saber no más;  
y en logrando este rigor,  
con secreto en una caja  
le ha de poner tu valor,  
armado del mismo modo  
que si fuera el muerto yo.  
Y publicando después  
que de su triste prisión  
le mató la pesadumbre,  
lograré esta dilación,  
entregándosele al Duque,  
mientras convoca mi voz  
las armas de mis estados.

ENRIQUE. ¡Tan grave resolución,  
Señor, tomáis tan aprisa?

DUQUE. Esto ha de ser.

MARGARITA. ¡Muerta estoy!

Mas en tan grandes peligros  
cobra aliento el corazón.  
Esperaré a que se vayan;  
que no fuera el mío amor  
si no emprendiera un arrojito  
en empeño tan atroz.

ENRIQUE. Pues Señor, si eso resuelves,  
pronto a obedecerte estoy.

(Ap. ¡Cielos, quién hallara medio  
de excusar este rigor!)

DUQUE. Pues Enrique, el Duque trae  
dos intentos, y los dos  
le he de malograr a un tiempo.

Conmigo guerra rompió  
por negarle a Margarita;  
a ti te da la ocasión  
la dicha, y tú has de lograrla:  
pues porque vuelva su error  
sin ella, como sin Carlos,  
lograda esa ejecución,  
te has de desposar con ella.

ENRIQUE. Tus plantas beso, Señor.

(Ap. ¡Ah fortuna liberal,  
cuando enamorado estoy  
de Estela! Mas ésta es dicha,  
y aquella es inclinación.)

DUQUE. Vamos pues a disponerlo.

ENRIQUE. Tus pasos siguiendo voy.

## ESCENA X

GUARDAS, TIRSO, EL ALCAIDE. DICHOS.

GUARDA 1º. (Dentro.) Detenedle.

TIRSO. (Dentro.) No es razón;  
déjenme entrar.

GUARDA 2º. (Dentro.) Es en vano.

DUQUE. ¿Qué es aqueso?

(Salen dos guardas y el Alcaide con Tirso, que trae un lío oculto.)

ALCAIDE. Este villano  
que se entraba en la prisión.

DUQUE. ¿A qué?

TIRSO. Señor, yo criaba  
unos cochinos a Carlos.

Débeme un año el guardarlos,  
y ahora a pedírselo entraba,  
viendo que está en este encierro,  
antes que vos le matéis,  
porque en secreto queréis,  
diz que darle pan de perro.

DUQUE. ¿A Carlos yo?

TIRSO. Con efeto.

DUQUE. Villanía maliciosa.

TIRSO. Pues Señor, no anda otra cosa,  
sino que es muy en secreto.

GUARDA 2º. En vano el traidor se emboba,  
que trae un lío.

TIRSO. Me río,

Señor; que no es este lío.

DUQUE. Pues ¿qué es?

TIRSO. Una corcova.

DUQUE. ¿Corcova? En vuestro semblante  
no tenéis señal de tal.

TIRSO. Me curaron bien el mal,  
y así no pasó adelante.

ALCAIDE. No es tal, Señor.

TIRSO. ¿No hay quien rompa  
la boca a este que lo niega?

ALCAIDE. Señor, no es sino talega.

TIRSO. Señor, que no es sino trompa.

DUQUE. Mirad lo que trae en ella.

TIRSO. Mi gran necedad confieso.

(El Alcaide y los guardas van sacando de la talega lo que dice el diálogo.)

ALCAIDE. Esto es, Señor, pan y queso  
y una bota.

TIRSO. Beba della.

DUQUE. mirad más.

TIRSO. Todo es fiambre.

DUQUE. Pues ¿qué intentáis con traelle  
esto a Carlos?

TIRSO. Socorrelle,  
porque no se dé por hambre.

GUARDA 1º. Éstas, limas han de ser  
y sogas.

TIRSO. Ahí me lastimas.

DUQUE. ¿Para qué son estas limas?

TIRSO. Para empezar a comer.

DUQUE. Llevadle; que esta evidencia  
muestra su bellaquería.

TIRSO. Pruébelas su Señoría;  
que son dulces de Valencia.



DUQUE. Entre en la misma prisión,  
a ver si hay otro tan fiel,  
que le dé limas a él.

TIRSO. Apelo a la Inquisición.

GUARDA 1º. Vaya el traidor.

TIRSO. Mal me animas.

ALCAIDE. Para sí haga la cautela.

TIRSO. Pues lléveme a la cazuela,  
si quieren que me den limas.

(Vase con los guardas y el Alcaide.)

DUQUE. Enrique, la noche da  
a nuestro intento ocasión.

ENRIQUE. De tu brazo soy la acción.

DUQUE. Pues ven; que tardamos ya. (Vase.)

ENRIQUE. (Ap.) Cielos, pues la noche oscura  
a mi piedad da favor,  
no se logre este rigor,  
aunque arriesgue mi ventura.  
¿Yo de mi primo homicida?  
Pues esta impiedad condeno,  
sólo he de darle un veneno  
que le suspenda la vida. (Vase.)

#### ESCENA XI

MARGARITA sale de donde estaba oculta. Es de noche, no hay luz.

MARGARITA. Sin vida y sin aliento  
un rigor he escuchado tan violento,  
y pues la noche ayuda  
a mi resolución, lóbrega y muda,  
pueda el amor y la piedad un día  
más que la propia conveniencia mía.  
Esta torre una puerta al jardín tiene,  
de quien yo tengo llave, y (si conviene)  
de quien pueda fiar este secreto.  
Mas por lograr su efeto  
con menos riesgo, sola he de intentarle.  
Líbrese Carlos pues; quiero avisarle,  
pues sin ser conocida,  
a intentarlo la noche me convida.  
(Oyése dentro el ruido de una cadena.)  
De la cadena el ruido  
es el norte que llevo; ya le he oído.-  
Carlos, Carlos.

#### ESCENA XII

CARLOS.-MARGARITA.

CARLOS. ¿Quién llama?  
MARGARITA. En vano es el temor con una dama.  
CARLOS. Ni de la muerte me le diera el ceño.  
MARGARITA. Pues quien tiene valor para ese empeño,  
más le tendrá para librar su vida,  
que a breve plazo la verá perdida.  
CARLOS. ¿Qué dices?  
MARGARITA. A la puerta de la torre  
una seña os hará quien os socorre,  
de amor movida, donde habrá un caballo  
y quien os guíe.  
CARLOS. ¿A mí? Sólo el dudallo  
me queda que temer.  
MARGARITA. Si el plazo es breve,  
poca será la duda.  
CARLOS. Y ¿quién se mueve  
a librar a quien no ha de agradecerlo?  
MARGARITA. No da el riesgo lugar para saberlo.  
CARLOS. Sepa lo menos quien lo más alcanza.  
MARGARITA. Carlos, adiós; que hay riesgo en la tardanza.  
CARLOS. Oíd, esperad: ¿no me daréis indicio  
de a quién le debo tanto beneficio?  
MARGARITA. No puede ser.  
CARLOS. ¿No hay seña sin recelo?  
MARGARITA. una mujer que os quiere. (Vase.)

### ESCENA XIII

CARLOS; luego, TIRSO.

CARLOS. Santo cielo  
¿Qué enigma es éste? Pero dudo en vano  
cuando veo el poder deste tirano.  
Mas ¿quién a sus violencias contradice?  
¿Quién me tiene piedad?  
TIRSO. (Dentro.) ¡Ay infelice!  
CARLOS. Cielos, ¿qué escucho?  
(Sale Tirso, arrastrando otra cadena.)  
TIRSO. ¿Dónde me han metido,  
que ni aprovecho ell ojo ni ell oído?  
Mas lo que me consuela es que, al presente,  
pues en el limbo estoy, soy inocente.  
CARLOS. ¿Quién entra aquí con ruido de cadena?  
(Arrastra su cadena al andar.)  
Quiero acercarme, que ya es más mi pena.  
TIRSO. ¡Ay Jesús, qué rumor tan penetrante!  
¿Que mi cadena tiene consonante?

CARLOS. ¿Quién será, cielos?

TIRSO. ¡Ay mi Dios, que roído!

¡De alma en pena es el paso y el sonido!

CARLOS. Sin mí estoy.

TIRSO. ¡Alma es, fuego de Cristo!

y cómo se conoce; ya la he visto.

Que me he muerto de miedo es muy notorio,

pues he venido a dar al purgatorio.

CARLOS. ¿Quién va?

TIRSO. ¡Ay Dios! ¿qué diré?

CARLOS. ¿Quién va? ¿quién entra?

TIRSO. Señora alma, aquí está una convidada;

prevéngala por Dios buena posada.

CARLOS. ¿Qué alma? ¿a quién habláis? ¿qué os atropella?

TIRSO. ¿Lo duda? Pues pregunto ¿quién es ella?

CARLOS. ¿Dónde vais?

TIRSO. A purgar de mis pecados;

pero yo ya los tengo bien purgados.

CARLOS. ¿Purgados? ¿qué decís? que no os entiendo.

TIRSO. De miedo de escucharos el estruendo.

CARLOS. Viven los cielos, que mi mano osada...

TIRSO. Alma del diablo, ¿estás endemoniada?

Pues ¿aquí juras, adonde es notorio,

tener veinte años más de purgatorio?

CARLOS. ¿Quién eres?

TIRSO. ¡Ay Dios mío, que me mata!

CARLOS. ¿Quién es?

TIRSO. De Tirso el alma mentecata.

CARLOS. Tirso amigo, ¿tú eres?

TIRSO. ¿Carlos mío?

CARLOS. ¿Qué es esto?

TIRSO. No lo sé; aquí me zamparon,

que por querer librarte, me enjaularon.

CARLOS. Luego ¿estás preso?

TIRSO. Con furor resuelto;

que si no, ya anduviera el diablo suelto.

(Óyese un golpe.)

CARLOS. (Ap. Cielos, la seña es esta que he escuchado

ya creo mi ventura, pues me ha dado

favor el cielo, y porque no lo dude

este villano, que a mi intento ayude.)

Tirso, en esta prisión, este tirano

fiero, cruel, aleve, y inhumano,

sólo la luz escasa ver me deja,

que aquí el cielo me da por esa reja

que cae a unos jardines, y por ella

lo que como me dan; ponte tú en ella,

y si la cena traen, tómalala luego  
sin hablarles palabra, y con sosiego  
acuéstate en mi cama, que esto importa  
(Ap. A que se quede mi valor le exhorta);  
para que aseguremos nuestra vida;  
que sicallas, no habrá quien nos impida  
el podernos librar a la mañana.

TIRSO. Pues ¿no me verán?

CARLOS. No, que estando oscuro,  
que no han de conocerte es muy seguro.

TIRSO. Pues ¿adónde vas tú?

CARLOS. A esperar la seña  
de un criado leal, que a dar se empeña  
libres nuestras personas.

TIRSO. Pues ve luego,

CARLOS. (Ap. Con eso más seguro al mar me entrego  
de la duda que llevo, pues el Duque  
no se acuesta la noche más oscura  
hasta que por la reja se asegura  
(Otro golpe.)

de que yo estoy aquí. Mas al oído  
segunda vez la seña han repetido.  
Revolver quiero la cadena al brazo,  
y no alargar a la fortuna el plazo.)  
Tirso, adiós.

TIRSO. Ve hecho un mismo pensamiento,  
y trae libranza para mí.

CARLOS. Eso intento. (Vase.)

#### ESCENA XIV

TIRSO; luego, EL DUQUE y ENRIQUE, desde la puerta.

TIRSO. Cielos, libradnos a estos dos coitados;  
mas ya a la reja suenan los criados;  
voy a tomar la cena.

Alma en gloria me he vuelto de alma en pena.  
(Va hacia la reja.)

ENRIQUE. Señor, ya vuestro intento está logrado

DUQUE. Hasta verlo, al temor no me persuado.

ENRIQUE. Ya el veneno le he puesto en la bebida.

DUQUE. Y él parece que al riesgo se convida,  
pues va ya hacia la reja.

ENRIQUE. No lo dudes, Señor; aquí me deja,  
que yo el intento te daré logrado.

DUQUE. Enrique, a ti te importa mi cuidado. (Vase.)

ENRIQUE. Pues me ha mandado el Duque que no  
a la luz este intento, los que entraren,

y a componer el cuerpo me ayudaren.  
No podrán sospechar si está dormido,  
pues no le podrán ver; y él, persuadido  
a que está muerto ya, le dará luego  
al de Milán, con que su intento ciego  
no logrará tan falsa alevosía  
ayude el cielo la clemencia mía (Vase.)  
TIRSO. Parece que oigo hablar quedo y aprisa;  
suenan a vieja que reza oyendo misa;  
pero mejor me suenan ya los platos.  
¡Madre de Dios, qué hartazgo he de pegarme!  
y si del Duque injusto escapo el cuello...  
pero mejor será dormir sobre ello. (Vase.)

Campo. Noche.

ESCENA XV

MARGARITA, en traje de hombre; CARLOS.

MARGARITA. (Dentro.) Detén el caballo.

CARLOS. (Dentro.) Ya

paró al soltarle la rienda.

(Salen.)

MARGARITA. Pues Carlos, ya ves que allí

el ejército se acerca

de tu primo el de Milán,

ya del riesgo libre quedas;

perdona pues que el caballo

no deje, porque me vuelva.

CARLOS. Noble mancebo, que has hecho

por mí tan rara fineza

como librarme del riesgo,

y por si alguno tuviera,

a las ancas del caballo

me has sido escudo y defensa,

¿Quién eres?

MARGARITA. Ya he dicho, Carlos,

que soy de una dama bella

criado, a quien obedezco;

ella en librarte me empeña,

y no puedo decir más.

Adiós pues, y el cielo quiera

que restaures tus estados,

porque le pagues la deuda.

CARLOS. Pues ¿en qué espera la paga?

MARGARITA. Agora en una fineza,

de que has de darme palabra

antes que yo vuelva a verla.

CARLOS. ¿Qué palabra?

MARGARITA. ¿Me aseguras  
que cumplirás la promesa?

CARLOS. Del cielo la luz me falte,  
y vuélvanse sus estrellas  
rayos que mi pecho abrasen,  
y mi enemigo me vea  
a sus pies, si no lo hiciera.

MARGARITA. Pues la palabra es, si llegas  
a restaurar tus estados,  
que hasta tener su licencia,  
no te has de casar con otra.

CARLOS. Si de todo el mundo reina  
fuera la que lo intentara,  
no lo lograra sin ella.

MARGARITA. Eres quien eres, adiós,  
y cúmplele esta promesa. (Vase.)

CARLOS. Cielos, ya toma el caballo,  
¡Con qué brío le maneja!  
¡Oh qué mal hago en dejarle!

MARGARITA. (Dentro.) Carlos, Carlos.

CARLOS. ¡Aún me empeñas!

¿Desde el caballo pretendes  
que no cumpla lo que ordenas?

MARGARITA. Carlos, Carlos, oye atento,  
para que duda no tengas  
de quién te ha dado la vida;  
porque quiero ahora que sepas  
soy Margarita, tu prima.

CARLOS. ¿Qué decís, Señora? Espera.

MARGARITA. Dispuesta estaba tu muerte,  
y pues yo te libré della,  
cúmpleme aquesa palabra.

CARLOS. Señora, ¿por qué me dejas?  
Mi bien, Margarita, escucha.-  
igual con el viento vuela.

MARGARITA. Cobra tu estado, y veré  
si por mí cobrarle intentas.

CARLOS. ¡Oh qué ocasión he perdido!  
montes, ríos, detenedla;  
Árboles, poneos delante,  
que es quien al alma me lleva.

MARGARITA. No me olvides, Carlos mío.

CARLOS. No oigo razón que se entienda.  
¡Ay de mí, que fui tan ciego,  
que no supe conocerla!

MARGARITA. Carlos, Carlos.

CARLOS. De mi nombre  
no quede en el mundo seña  
si faltare a la palabra  
del empeño en que me dejas;  
y pues ya estoy libre, cielos,  
yo haré que en el mundo vean  
lo que el Duque ha ocasionado  
con acordarme mi ofensa,  
pues ha sido en su delito  
quien le acusó su conciencia.

Jornada tercera

Un campamento; en el fondo y en el último término la ciudad de Parma. Empieza a amanecer.

ESCENA PRIMERA

CARLOS.

CARLOS. Ya del de Milán, mi primo,  
he reconocido el campo,  
cuya gente me asegura  
el desempeño que aguardo.  
Hasta que el alba amanezca  
darme a conocer dilato,  
porque mi presencia aliente  
el valor de sus soldados.  
Cielos, con ellos no dudo  
dar hoy a Parma el asalto  
y que ciña su corona  
mi frente, y si la restauro,  
bellísima Margarita,  
sol cuyo oriente idolatro  
pues de mi prisión oscura  
salí a la luz de tus rayos,  
hoy has de ver si mi pecho  
a tanta deuda es ingrato;  
y que el quererte quitar  
el laurel que estás gozando,  
es porque mi amor más grande  
te le vuelva de su mano,  
pues crecerán mis deseos  
el número a tus vasallos.  
Mas ya el Duque llega al muro,

y a los reflejos escasos  
que el primer albor del día  
va esparciendo por el campo,  
parece que desde el muro  
veo que le están hablando.  
Llamada será que han hecho;  
y pues yo libre me hallo,  
sin poder ser conocido,  
pues desde mis tiernos años  
no me vio mi Primo el Duque,  
saber lo que intenta aguardo  
antes de ser conocido,  
pues aquí entre sus soldados  
nadie hará reparo en mí.  
Mas ya todos van llegando.

## ESCENA II

EL DUQUE DE MILÁN, SOLDADOS.-CARLOS.

DUQUE DE MILÁN. (Dentro.) Decid, soldados, que viva  
el Duque de Parma, Carlos.

VOCES. (Dentro.) ¡Viva Carlos! ¡Carlos viva!  
(Salen todos.)

DUQUE DE MILÁN. Más os estimo este aplauso,  
soldados, que el de mi nombre.  
Ya se dilata el asalto;  
que en la llamada que han hecho,  
conmigo han capitulado  
que han de entregármele luego.

CARLOS. (Ap.) ¿Qué es aquesto, cielo santo?  
¿Cómo han de entregarme a mí?  
¿Si no han sabido que falto  
de la prisión? Mas; ¿qué escucho?  
al ronco son destemplado  
de la caja y la sordina,  
sale una escuadra marchando  
por el postigo del muro.

DUQUE DE MILÁN. Sin duda aquí viene Carlos;  
pero cielos, ¿a qué intento,  
es el ronco son bastardo  
de la caja y la sordina  
cuando con festivo aplauso  
entregármele debieran?

SOLDADO 1º. Señor, de cuatro soldados  
en los hombros, una caja  
llegando viene a tu campo,  
toda cubierta de luto.



DUQUE DE MILÁN. ¿Qué decís? ¿Si es muerto Carlos?  
SOLDADO 1º. Ya llegan a tu presencia.  
CARLOS. (Ap.) Yo estoy sin mí de mirarlo.

### ESCENA III

ENRIQUE y ACOMPAÑAMIENTO; CUATRO SOLDADOS conducen dentro de una caja a Tirso, que trae vestida una armadura.-DICHOS.

ENRIQUE. Duque excelso de Milán,  
en cumplimiento del trato,  
te envía el Duque, mi tío,  
del modo que puede, a Carlos;  
de un accidente imprevisto  
muerto esta noche le hallaron,  
y por cumplir su palabra,  
muerto le envía a tu campo.

DUQUE DE MILÁN. ¡Qué decís! ¿Carlos es muerto?

CARLOS. (Ap.) ¿Qué es aquesto, cielo santo?

ENRIQUE. Esa caja te lo diga,  
que guarda su cuerpo armado  
con el militar decoro  
que en el fúnebre aparato  
se debió a su sangre heroica;  
y él te dará el desengaño,  
cuando llegues a mirarle,  
de que a mi piadoso brazo  
debió algún favor su vida;  
mas el efecto del caso  
será mi mejor testigo,  
pues yo otra paga no aguardo  
mas que haber sido su sangre,  
sin ser a esta deuda ingrato.

DUQUE DE MILÁN. ¿Qué dices? Viven los cielos,  
que de su tirana mano  
le ha muerto impulso cruel;  
y en venganza deste agravio,  
han de ser Parma y el Duque,  
su corona y sus vasallos,  
hoy, al furor de mi enojo,  
de Troya un vivo retrato.

CARLOS. (Ap.) Cielos, ¿yo muerto y yo vivo?  
¿Qué es esto? ¿Si estoy soñando?  
darme a conocer no quiero  
hasta averiguar el caso.

DUQUE DE MILÁN. Vete, hombre, de mi presencia,  
que, a no estar asegurado  
con mi palabra, volvieras

hoy a Parma hecho pedazos.  
ENRIQUE. Aquí, como embajador,  
de tu seguro me valgo,  
y allá dentro de dos horas,  
que son de mi dicha el plazo,  
responderé como Duque  
a tanta amenaza en vano.

DUQUE DE MILÁN. ¿Tú, como Duque, en dos horas?

ENRIQUE. Sí, pues dentro de ese plazo  
habrá dado ya mi dicha  
a Margarita la mano.  
(Vase con los soldados y si el acompañamiento.)

#### ESCENA IV

TIRSO, dentro de la caja; EL DUQUE DE MILÁN, SOLDADOS; CARLOS.

CARLOS. (Ap.) ¿La mano? ¿Qué escucho, cielos?  
El corazón se me ha helado.  
¿Qué haré (¡ay de mí!) entre este hielo  
y aquel fuego en que me abraso?

DUQUE DE MILÁN. Soldados, retirad luego  
el cuerpo infeliz de Carlos,  
y todos os prevenid  
a dar a Parma un asalto;  
que a Milán no he volver  
sin que sus muros tiranos  
las ruinas de Troya imiten.

CARLOS. (Ap.) ¡Cielos, sin duda mataron  
a Tirso por mí en la torre!  
Y pues mi primo empeñado  
está a asaltar la ciudad,  
no es bien que sepa este engaño,  
cuando ayuda a mi designio;  
pues el fuego en que me abraso,  
me obliga a seguir a Enrique,  
y aunque me hagan mil pedazos,  
estorbar que Margarita  
de esposa le dé la mano,  
amor mi furor alienta,  
quede el Duque en este engaño;  
que no quiero la corona  
si esta ventura no alcanzo. (Vase.)

#### ESCENA V

EL DUQUE DE MILÁN, SOLDADOS; TIRSO.

DUQUE DE MILÁN. Tomad en hombros el cuerpo.

(Dan golpes dentro del ataúd.)

Mas ¡qué escucho, cielo santo!

SOLDADOS. Señor, que dan golpes dentro.

DUQUE DE MILÁN. Abrid presto; que este caso  
sin duda es algún prodigio.

(Abren los soldados la caja.)

TIRSO. ¡Ay, Dios, que me estoy ahogando!

SOLDADO 1º. Vivo está.

DUQUE DE MILÁN.                      Sacadle luego.

SOLDADO 2º. Señor, levanta.

TIRSO. (Levantándose.) Tiranos,

¿Qué es lo que queréis de mí?

¿A qué me habéis encerrado  
en esta arca? Mas ¡qué miro!

¿Con quién estoy en el campo?

Señores, ¿no estaba yo  
en la torre de palacio?

Pues ¿quién aquí me ha traído  
desde la cama de Carlos?

Mas ¡ay, Jesús, que me han puesto  
el vestido de Santiago!

DUQUE DE MILÁN. Carlos, primo, ¿qué decís?

TIRSO. ¿Qué dice aqueste borracho?

¿Yo primo? Pues ¿soy yo negro?

SOLDADO 1º. Vuestro primo os está hablando,  
que es el Duque de Milán.

Pues el Duque de milanos

¿Qué tiene que ver conmigo?

DUQUE DE MILÁN. ¿Qué es esto que estoy mirando?

SOLDADOS. ¿No es primo de vuestra alteza?

TIRSO. No, que mi artesa es de palo,

y friega en ella Laureta,

y me jabona los trapos.

DUQUE DE MILÁN. ¿No sois Carlos?

TIRSO.                      Ni carlino;

pues ¿cómo he de ser yo Carlos,

si se fue anoche a buscar

un hombre que ha de librarnos,

y yo me comí su cena,

que me quedé reventado,

y dormí como un lirón?

DUQUE DE MILÁN. Cielos, ¿qué es esto? Qué engaño

hay aquí? Que el no haber visto

desde sus primeros años

a mi primo causa ahora

esta duda en que me hallo.-

pues ¿quién sois?

TIRSO.                               Pues ¿no lo ve?

Tirso, el alcalde destaño.

DUQUE DE MILÁN. ¿Qué Tirso?

TIRSO.                               Pues ¿hay más Tirsos?

Porque yo más Tirsos no hallo

que yo y Tirso el molinero,

y Tirso el hijo del Chato,

y un Tirso que en la barriga

trae Laureta, que son cuatro.

DUQUE DE MILÁN. Hombre, ¿qué dices? ¿Quién eres?

TIRSO. uno de éstos; ¿no habro craro?

DUQUE DE MILÁN. Pues ¿quién aquí te ha traído?

TIRSO. ¿Sabe su mesté si acaso

está por aquí la ermita

de San Roque u de San Marcos?

DUQUE DE MILÁN. ¿Por qué?

TIRSO.                               Porque en mi lugar

llevan los misacantanos

a esta ermita, y puede ser

que con todo este recado

me lleven a cantar misa.

DUQUE DE MILÁN. Éste es un simple villano

cielos ¿qué puede ser esto?-

pues ¿cómo aquí te encerraron

y te trajeron por muerto?

TIRSO. Eso, Señor, está craro:

yo estaba muerto.

DUQUE DE MILÁN.

¿Tú muerto?

Sí, Señor; que me pescaron

porque entraba en la prisión,

y me metieron con Carlos,

y yo me morí de miedo,

y reparé de allí a un rato

que estaba en el purgatorio,

donde me dormí en cenando.

DUQUE DE MILÁN. ¿Tú en el purgatorio?

TIRSO.                               Sí;

pulga habla como un brazo.

DUQUE DE MILÁN. ¿Tú estabas con Carlos?

TIRSO.                               Sí;

¿No ve que só su criado,

que guardaba los cochinos

y los criaba tamaños

como su mesté?

DUQUE DE MILÁN.

Pues ¿dónde

le dejaste?

TIRSO.                               Él se fue abajo,

y yo me quedé allá arriba.

DUQUE DE MILÁN. ¿Dónde era arriba y abajo?

TIRSO. ¿Ve su mesté una escalera?

DUQUE DE MILÁN. Sí.

TIRSO. Pues por ella trepando,  
en bajándola es arriba,  
y en subiéndola es abajo.

DUQUE DE MILÁN. ¿Qué es esto? Viven los cielos,  
que es desprecio del tirano  
que hace de mí y de mi gente,  
cuando me promete a Carlos,  
porque suspenda mis iras,  
enviarme este villano.-  
deudos, soldados y amigos,  
preveníó al asalto,  
que yo he de ser el primero  
que suba al muro, arrojado;  
y antes que me falte el sol  
ha de ser Parma un teatro  
de la venganza y la ira,  
con el fuego de mi agravio.

Toca al arma.

(Tocan cajas.)

TODOS. Al arma toca.

DUQUE DE MILÁN. Acérquese al muro el campo.

TIRSO. Señor, mándeme quitar  
este paramento branco  
y aqueste jubón de prata,  
que me mata el espinazo.

DUQUE DE MILÁN. Volved a llevar este hombre  
del modo que le ha enviado;  
que yo vengaré el desprecio.

TIRSO. Señor, que me lleve el diablo  
si me puedo menear.

DUQUE DE MILÁN. Ea, valientes soldados.

TODOS. Al muro el campo se acerque.

DUQUE DE MILÁN. Marche hacia el muro mi campo.

TIRSO. Señores, tómenme a cuestras,  
que no puedo dar un paso. (Vase.)

Campo dentro de los muros de la ciudad.

ESCENA VI

CARLOS.

CARLOS. La mayor resolución  
que intentó pecho arrojado  
ha emprendido mi pasión,

pues tras Enrique me he entrado  
al riesgo de mi prisión.  
Aunque ya dentro del muro,  
campo es éste, y al llegar  
desafiarle procuro;  
que he de morir o matar  
si mi temor no aseguro.

## ESCENA VII

ENRIQUE,-CARLOS.

ENRIQUE. Bien se ha logrado mi intento,  
pues como a oscuras armaron  
a Carlos en su aposento,  
todos muerto le juzgaron.  
Y pues de mi pensamiento  
nadie sospecha tendrá,  
y della el Duque está ajeno,  
si sabe que vivo está,  
yo diré, o él pensará,  
que fue falta del veneno.  
Lógrense pues los trofeos  
de mi piedad, mas mi amor  
malogrará sus deseos,  
pues ya de Estela el favor  
he de perder.

CARLOS. Detenéos.

ENRIQUE. ¿Quién es?

CARLOS. ¿No me conocéis?

ENRIQUE. Carlos, ¿vos tan presto aquí?

Pues ¿cómo a riesgo os ponéis,  
cuando yo la vida os di,  
que mi piedad agraviéis?

CARLOS. Ni sé si la vida os debo,  
ni si me vengo a arriesgar;  
y es en mi oído tan nuevo,  
que el veniros a matar  
es cumplir con lo que debo.

ENRIQUE. ¿Cómo no? ¿Yo no os llevé  
en una caja por muerto,  
que a vuestro primo entregué,  
donde ibais vivo, porque  
de mi piedad fue concierto?

CARLOS. No, Enrique.

ENRIQUE. Pues ¿cómo ha sido?

CARLOS. Eso no puedo decir;  
sólo os diré que he venido

a mataros, y en vivir  
nada a vos os he debido.

ENRIQUE. Pues yo ¿en qué puedo ofenderos?

CARLOS. Enrique, en el campo estamos,  
y pues somos caballeros,  
del puesto en que llevo a veros  
la obligación atendamos.

Vos os venís a casar  
con quien yo por dueño estimo;  
Margarita os ha de honrar,  
no habrá en esto que dudar  
pues lo habéis dicho a mi primo.

Yo la adoro, ella es mi dueño;  
y si el sol me la quitara,  
o las luces le eclipsara,  
o muriendo en el empeño,  
en sus rayos me abrasara.

Y aunque yo estaba atrevido  
para asaltar la ciudad,  
con mi primo apercebido,  
aventurar no he querido  
a ese riesgo su beldad;  
que, aunque en la ciudad entrara,  
y después, como se muestra,  
sin peligro os la quitara,  
siempre la dicha os quedara  
de haberla llamado vuestra.

Y porque tener no quiero  
ni aun la envidia de pensar  
que pudisteis vos primero  
llamarla vuestra, os espero  
para morir o matar.

Locura es, y mal segura;  
mas de amor en la entereza,  
no adora quien no aventura  
el hacer una locura  
por lograr una fineza.

Yo, en fin, su imagen venero;  
si ha de ser con vos casada,  
debéis, como caballero,  
sacármela a mí primero  
del corazón con la espada.

Por el amor y la fama  
os toca esta obligación;  
pues si es pública su llama,  
no es bien casaros con dama  
que está en otro corazón.

A este empeño os desafío;  
solo estáis, vuestro valor  
aquí ha de mostrar su brío;  
cuidad vos de vuestro honor  
que yo cumplo con el mío.

ENRIQUE. Carlos, mi primo sois vos,  
y eso por vos me ha empeñado;  
y así, siento, vive Dios,  
que imposible hayáis dejado  
la conveniencia en los dos.

Que, aunque es también sangre mía  
mi tío, en vuestra prisión  
supo mostrar mi hidalguía  
que era vuestra la razón,  
y suya la tiranía.

Y porque veáis vuestro error,  
sabad que, aunque lo consiente  
mi poco poder, mejor  
viera el laurel en la frente  
del dueño que del traidor;  
y que el venirme a casar  
ni es ambición ni es querer;  
porque os puedo asegurar  
que es no poder replicar  
a su tirano poder.

Y que, a haberme vos hablado  
de otro modo, ser pudiera  
que os restaurara el estado  
si hicieseis lo que os pidiera;  
mas me habéis desafiado,  
y en el campo es afrentosa  
acción dejar de cumplir  
mi obligación generosa;  
y así, es preciso reñir,  
y no tratar de otra cosa.

CARLOS. Pues ¿qué me podéis pedir?  
¿Con qué este empeño excusamos?

ENRIQUE. Ya, aunque os lo llegue a decir,  
no ha de excusarse el reñir.

CARLOS. Pues ¿qué intentas?

ENRIQUE. Que riñamos.

CARLOS. Eso espera mi valor.

ENRIQUE. Eso pretende mi brío;  
(Sacan las espadas y riñen.)  
mataros es mi temor.

CARLOS. El de malograr mi amor  
sólo puede ser el mío.



(Tropieza Enrique y cae.)

ENRIQUE. Tropecé; detén la herida,  
primo.

CARLOS. Yo no te he de herir;  
restáurate a la caída.

ENRIQUE. Ni yo tengo de reñir  
con quien me ha dado la vida.

CARLOS. Pues ¿cómo se ha de ajustar?

ENRIQUE. Con que palabra me des  
de lo que te he de rogar.

CARLOS. Si yo lo puedo otorgar,  
no en ello dudoso estés.

ENRIQUE. Pues, Carlos, yo me casaba  
con Margarita, obligado  
del Duque, que lo mandaba,  
y esta dicha no estimaba,  
por estar enamorado.

Mi prima Estela es a quien  
adora mi pensamiento;  
si yo consigo este bien,  
mayor ventura no intento  
que tus estados te den.

Para poderlos cobrar  
seré yo secreto amigo,  
y más te podré ayudar  
si al lado de tu enemigo  
me tienes por auxiliar.

CARLOS. Pues yo palabra te doy  
de dártela por esposa.

ENRIQUE. Pues siendo así, tuyo soy.

CARLOS. Y yo asegurado voy  
de mi pasión amorosa.

ENRIQUE. Mas ¿cómo he de resistir  
al intento del tirano,  
si a casarme he de venir?

CARLOS. Eso no lo has de cumplir;  
que presumirlo es en vano.  
Si a otro medio no se incita  
nuestra osadía.

ENRIQUE. ¿Y cuál es?

CARLOS. Que yo vea a Margarita;  
llévame a palacio pues.

ENRIQUE. No quieras que lo permita  
con tantos riesgos.

CARLOS. Amigo,  
no hay riesgos para quien ama;  
si esta dicha no consigo,

no quiero vida ni fama.

ENRIQUE. Pues yo a llevarte me obligo,  
si está resuelto tu amor  
a tan atrevido intento.

CARLOS. Cualquiera riesgo es menor  
que morir al pensamiento  
de malograr su favor.

ENRIQUE. ¿Luego ella te favorece?

CARLOS. Y por ella libre estoy.

ENRIQUE. Siendo así, menos parece  
el peligro a que yo voy;  
pero más mi duda crece.

Si por ella libre estás,

¿Yo la vida no te di?

CARLOS. Eso después lo sabrás,  
primo; que no es para aquí.

ENRIQUE. Pues no intento saber más.

CARLOS. Vamos pues, y el juramento  
asegure lo tratado.

ENRIQUE. Mátele su mismo aliento,  
y pierda el nombre de honrado  
quien faltare a nuestro intento.

CARLOS. Yo lo juro.

ENRIQUE. Y yo.

CARLOS. Pues ven.

VOCES. (Dentro.) ¡Viva Estela, viva Estela!

ENRIQUE. Carlos, el paso detén.

CARLOS. ¿Qué es eso?

ENRIQUE. Que se rebela  
el vulgo para tu bien.

Tanto tu muerte ha sentido,

que, según lo que parece,

aclama a tu hermana.

CARLOS. Y crece  
en sus acentos el ruido.

VOCES. (Dentro.) ¡Viva Estela!

ENRIQUE. Este rumor,

Carlos, la ocasión me adquiere

de poder darte favor,

por si arriesgado se viere

en palacio tu valor.

CARLOS. ¿Qué favor?

ENRIQUE. El que acredita

que asegura tu persona

quien te dará a Margarita

y te pondrá la corona.

CARLOS. Primo, el cielo lo permita.

ENRIQUE. Ven; que tuya es por herencia.

CARLOS. Al cielo el tirano obliga.

ENRIQUE. Contra sí es su diligencia.

CARLOS. Pues le acusó su conciencia,  
bien su traición le castiga. (Vanse.)

Habitación de Margarita.

ESCENA VIII

ESTELA, LAURETA, MARGARITA, GUARDAS.

GUARDA 1º. Aquesto nos manda el Duque.

MARGARITA. Pues ¿qué culpa habrá tenido  
mi prima en los alborotos  
del vulgo, estando conmigo  
para prenderla mi padre?

ESTELA. Señora, si el llanto mío  
puede mover tu piedad,  
ya que a mi hermano he perdido,  
sé amparo de mi inocencia  
porque el prenderme es indicio  
de quererme dar la muerte,  
como a Carlos.

MARGARITA. (Ap.) ¡Dueño mío,  
quién asegurar pudiera  
a Estela de que estás vivo!

LAURETA. ¡Ay, Señora, por las llagas  
de mi padre san Francisco,  
que no nos dejes prender!  
Así llesves bien prendido  
todo cuanto te pusieres,  
y así prendan en sí mismos  
los claveles de tus labios  
las almas, los albedríos,  
y así prendada te veas  
de un dueño como un Narciso.

MARGARITA. (Ap.) Al paso que lo deseo,  
no sé cómo resistirlo.

GUARDAS. Venid, Señora.

ESTELA. ¡Ay de mí!  
¿Dónde me lleváis?

GUARDA 1º. Al mismo  
cuarto donde estuvo Carlos.

LAURETA. ¡Ahí no, por amor de Cristo!

MARGARITA. ¡Ay, prima! mi padre viene;  
vete; que yo solicito  
interceder con mi llanto  
por tu inocencia.



que vuelva Enrique, tu primo,  
te has de desposar con él,  
porque no tenga motivo  
el de Milán en su empeño  
de esperar casar contigo.  
MARGARITA. ¿Qué es lo que dices, Señor?  
¿Yo casarme con mi primo?  
DUQUE. Así lo he determinado.  
MARGARITA. Pues tú ¿a qué aspiras?  
DUQUE. No aspiro  
mas que a la seguridad  
de mi estado y mi dominio.  
Esto ha de ser, y tan luego,  
que ya pienso que ha venido. (Vase.)

#### ESCENA X

MARGARITA.

MARGARITA. ¡Válgame el cielo! ¿qué escucho?  
amor, sin alma respiro;  
sin remedio perdí a Carlos  
por sacarle del peligro.  
¿Si vuelve luego mi padre?  
¿Si habrá venido mi primo?  
¿Cómo podré defenderme  
de este empeño? ¡Ay, Carlos mío,  
si tú vieras este riesgo!  
¡Qué mal hizo, qué mal hizo  
mi piedad en alejarse  
del amparo de tu brío!  
¡Ay de mí! ¿que he de perderte?  
¿Quién te llevara el aviso?  
Decídselo, penas mías;  
buscadle, ardientes suspiros.  
¡Oh, si mis tristes palabras  
llegasen a sus oídos,  
que, pues se las lleva el viento,  
acertar puede el camino!  
pero no podrás oírme,  
porque es para más martirio  
muy cerca donde te siento,  
muy lejos donde te miro.  
¡Oh tiranía de amor!  
Pues en el alma está vivo,  
si allí le tengo con ojos,  
¿Por qué ha de estar sin oídos?  
Haz un milagro, deidad;

y pues en este distrito  
le tengo para mirarle,  
esté también para oírlo.  
Óyeme, Carlos.

#### ESCENA XI

CARLOS.-MARGARITA.

CARLOS. Sí haré.

MARGARITA. ¡Válgame el cielo! ¿qué miro?

Carlos, Señor, pues ¿tú aquí  
a riesgos tan conocidos?

¿Tú aventurando la vida?

Sin duda yo lo imagino.

¿Es cierto que eres tú?

CARLOS. Sí,

y sólo por eso mismo;  
porque un desdichado nunca  
se aparta de su peligro.

Yo soy, bella Margarita;  
yo infelice, que he sabido  
que ya ha dispuesto tu padre  
que te cases con tu primo.

Yo soy, que vengo a morir  
primero que consentirlo;  
o no soy yo, pues lo supe  
y pude quedarme vivo;  
mas si vivo, es solamente  
con el aliento preciso  
que me ha dejado el amor  
para poder resistirlo.

MARGARITA. Pues ¿qué resistencia puedes  
hacer tú en tanto peligro?

CARLOS. Para su poder ninguna,  
pero mucha a tu albedrío:  
y éste es el riesgo que temo,  
que, aunque es tirano mi tío,  
más me asombra un sí en tu labio,  
que en mi garganta un cuchillo.

MARGARITA. Pues, Carlos, ¿cómo pretendes,  
siendo su rigor preciso,  
que yo pueda resistirle?

¿Qué he de hacer cuando me miro  
sin resistencia a su enojo?

¿Ya su violencia no has visto?

¿Qué he de intentar contra ella,  
que pueda servir de alivio?

Ni tú puedes defenderme,  
si tienes el riesgo mismo,  
sino añadir el del tuyo  
al triste dolor del mío.

Vuélvete, Carlos, por Dios.

CARLOS. ¡Ay, infeliz! ¿que eso has dicho?

MARGARITA. Carlos, que mi padre viene;  
vete, vete.

CARLOS. Ya el peligro  
es menos que imaginado;  
yo no tengo por alivio  
excusarme deste riesgo  
si el de casarte imagino.

Venga todo su poder;  
que a morir contento aspiro,  
diciendo que soy tu esposo.

MARGARITA. Vete por Dios, Carlos mío.

CARLOS. Primero me haré pedazos.

MARGARITA. Pues suspéndalo el retiro:

en esa pieza, que pasa  
al cuarto donde tú mismo  
estuviste preso, puedes  
retirarte; y si al designio  
de mi padre yo no puedo  
resistir, o al de mi primo,  
entonces saldrás, y entrambos  
moriremos con alivio.

CARLOS. Eso aceto.

MARGARITA. Vete presto.

CARLOS. Valedme, cielos divinos. (Vase.)

## ESCENA XII

EL DUQUE DE PARMA, CRIADOS; TIRSO, que trae puesta la armadura.-

MARGARITA.

DUQUE. ¿Qué es esto? ¿Quién fue el tirano  
que emprendió tal osadía?

CRIADO 1º. Señor, el Duque te envía  
de su Campo este villano,  
que donde enviar pensaste  
el cuerpo de Carlos iba,  
y su furia vengativa  
piensa que le despreciastes  
con esta burla, y intenta  
dar asalto a la ciudad.

DUQUE. ¿Esto puede ser verdad?  
¿Quién me ocasionó esta afrenta?

¿Carlos no fue?

TIRSO. Señor, no;  
que él vio entre unos camaradas  
sus cadenas desatadas,  
y por Dios, que las lió.

DUQUE. ¿Qué dices, necio? ¿Contigo  
no estaba el traidor infiel?

TIRSO. Señor, yo estaba con él;  
mas él no estaba conmigo.

DUQUE. (Ap. ¿Si contra mí algún delito  
en estos engaños hubo?)

¿Por qué contigo no estuvo?

TIRSO. no le parecí bonito.

DUQUE. Pues ¿dónde Carlos se fue,  
si estaba contigo acá?

TIRSO. Eso Carlos lo dirá;  
busque a Carlos su mesté.

DUQUE. Pues ¿cómo (Ap. Esto he de apurar)  
te llevaron?

TIRSO. Fue razón;  
tengo buena condición  
y soy fácil de llevar.

DUQUE. Deste simple lo que pasa  
no he de poder inferir.

TIRSO. Señor, yo no sé ingerir  
sino las parras de casa.

DUQUE. ¿Armarte no habías sentido  
ni verte llevar después?

TIRSO. Lo que yo siento más es  
lo que aprieta este vestido.

DUQUE. O este engaño he de saber,  
o he de perder, pues me acaba  
el juicio.

TIRSO. Yo no pensaba  
que eso estaba por perder.

DUQUE. Llamadme a Enrique al instante,  
traidores.

(Vanse los criados.)

### ESCENA XIII

EL DUQUE DE PARMA, MARGARITA, TIRSO.

TIRSO. Si eso es por mí,  
yo diré lo que hay aquí,  
sin que culpes ignorante,  
a estos pobres mentecatos,  
y no te desacomodes.



DUQUE. ¿Qué fue?

TIRSO. Me han llevado a Herodes,  
y me vuelven a Pilatos.

DUQUE. ¿Te burlas de mi poder,  
villano, loco, traidor?

TIRSO. Ten por Dios; que esto, Señor,  
no es más que mi parecer.

DUQUE. Echad por una ventana  
a este simple.

MARGARITA. Gran Señor,

¿Por qué muestras tu furor  
con rudeza tan villana?

DUQUE. Margarita, hija, este engaño  
ha de ocasionar la ruina  
de mi corona; imagina  
si siento bien tanto daño.

MARGARITA. Si a Carlos hallaron muerto,  
fácil es de averiguarse.

DUQUE. Eso no puede dudarse;  
que Enrique le vio, y es cierto.

(Ap. Cielos, yo le vi cenar  
y beber le vi el veneno,  
y desta sospecha ajeno,  
le vi después acostar.

Mas ¿si los que a armarle fueron  
hicieron tal desvarío?

Como por precepto mío  
con la obscuridad lo hicieron,  
por Carlos a este villano  
dieron, que estaría dormido  
mas sin duda, si esto ha sido,  
que aún Carlos está allí es llano.)

MARGARITA. Señor, desta confusión  
presto tu duda saldrá.

DUQUE. No, hija; que Carlos está  
dentro de aquesta prisión.

MARGARITA. (Ap. ¡Ay de mí!) Pues ¿ya no es muerto?  
¿Qué es lo que dices, Señor?

DUQUE. Muerto en ella por error  
le dejó Enrique, esto es cierto;  
y agora lo he de saber,  
que allí su cuerpo ha de estar.

MARGARITA. (Ap. ¡Ay, infeliz, que al entrar  
aquí a Carlos ha de ver!)

Señor, Señor, ¿dónde vas?

DUQUE. A averiguar este engaño.

MARGARITA. Mira, Señor, que hay más daño

que el que imaginando estás.  
DUQUE. ¿Qué daño? A verlo he de entrar.  
MARGARITA. Señor, lo que has presumido  
sin duda verdad ha sido;  
porque todo hoy, el pagar  
por este cuarto, parece  
que a Carlos he visto en él,  
que con aspecto cruel  
amenazando, se ofrece  
a quien la culpa ha tenido  
de su muerte arrebatada;  
y aunque no ofenda su espada,  
al cielo en él he temido.  
Mira que aquesta ilusión  
amago ha sido del cielo.  
DUQUE. En mí no cabe recelo;  
entrar quiero en su prisión.  
MARGARITA. Señor, advierte...

#### ESCENA XIV

CARLOS, al paño.-DICHOS.

DUQUE. ¿Qué quieres?  
CARLOS. Ya esto no tiene remedio;  
morir matando es el medio.  
MARGARITA. Que entren criados, y esperes  
a su aviso.  
DUQUE. Es cobardía.  
MARGARITA. (Ap.) Él le halla; ya no respiro.  
(Al entrar el Duque empuña Carlos la espada.)  
DUQUE. ¡Válgame el cielo! ¿qué miro?  
sombra, ilusión, fantasía,  
¿Qué, me amenaza tu espada?  
Mi corona, si es preciso...-  
hija, verdad fue tu aviso.  
MARGARITA. Cielos, yo estoy asombrada.  
DUQUE. Carlos es, Carlos; ¿qué intentas?  
MARGARITA. Señor, de aquí te retira;  
que ofendes al cielo mira.  
DUQUE. El corazón me amedrentas;  
sin aliento estoy.  
MARGARITA. Pues, padre,  
estos asombros huílllos.  
TIRSO. ¡Qué asombro! Que éste es Carlillos,  
por la leche de mi madre.  
DUQUE. Criados, hola, venid.  
(Ap. Mal mi temor se previene.)

CARLOS. (Ap.) Cielos, por muerto me tiene;  
pues válgame aqueste ardid. (Retírase.)

ESCENA XV

CRIADOS.-EL DUQUE DE PARMA, MARGARITA, TIRSO.

CRIADOS. ¿Qué es lo que mandas, Señor?

DUQUE. Llegad todos presto, entrad;  
todo este cuarto mirad.

MARGARITA. (Ap.) ¡Ay de mí, que esto es peor!

DUQUE. Entrad presto.

UNAS VOCES. (Dentro.) ¡Viva Estela!

OTRAS. ¡Viva el Duque de Milán!

DUQUE. Mis daños creciendo van.

MARGARITA. (Ap.) Este rumor me consuela.

ESCENA XVI

ENRIQUE.-DICHOS.

ENRIQUE. Señor, si la vida estimas,  
por último bien la guarda  
del furor de tu enemigo,  
a quien con traición tirana,  
de los parciales de Carlos  
las familias conjuradas,  
por las puertas que han abierto  
entran saqueando a Parma.

(Ap. Yo he sido quien las he abierto,  
valiéndome desta traza.)

A sangre y fuego la llevan.

DUQUE. ¡Ah cielos, suerte tirana!

MARGARITA. (Ap.) ¡Ah cielos, dichosa suerte!

DUQUE. Enrique, entra presto y saca  
a Estela de la prisión,  
por si su furor se ataja  
con su presencia.

ENRIQUE. Ya voy. (Vase.)

ESCENA XVII

EL DUQUE DE MILÁN, SOLDADOS.-EL DUQUE DE PARMA, MARGARITA,  
TIRSO, CRIADOS.

DUQUE DE MILÁN. (Dentro.) Entrad, sin reservar nada,  
a sangre y fuego el palacio.

DUQUE DE PARMA. ¡Ah fortuna desdichada!

(Sale el Duque de Milán y soldados con espadas y rodela.)

DUQUE DE MILÁN. Si es muerto Carlos, a Troya

imite en su incendio Parma.  
 DUQUE DE PARMA. Ya aquí no hay otro remedio:  
 pues me miras a tus plantas  
 por traición de mis vasallos,  
 esto por triunfo te basta.

DUQUE DE MILÁN. La traición ha sido tuya;  
 que esta corona usurpabas  
 a mi primo; ¿dónde está?

DUQUE DE PARMA. Aquí mi mayor desgracia  
 es no poderle dar vivo.

DUQUE DE MILÁN. Luego ¿es muerto? Pues ¿qué aguarda  
 mi furor? Matadle luego.

MARGARITA. Tened, tened las espadas;  
 que si el dar a Carlos vivo  
 vuestras violencias ataja,  
 yo daré a Carlos.

DUQUE DE MILÁN. ¿Qué dices?

MARGARITA. Que aquí está vivo.

#### ESCENA XVIII

CARLOS; luego, ENRIQUE y ESTELA; después, LAURETA.-DICHOS.

CARLOS. Y el alma  
 entregando a Margarita,  
 con la mano que la enlaza.

ENRIQUE. (Sale con Estela.) Y aquí está Estela también,  
 dando la mano a quien gana  
 por su sangre este trofeo.

CARLOS. Yo te cumplo mi palabra.

LAURETA. (Sale.) Y aquí está también Laureta.

TIRSO. ¡Ay, Laureta de mi alma!  
 Mira a Tirso hecho un san Jorge.

LAURETA. Tirso, al instante me abraza.

TIRSO. No te me acerques a eso,  
 que podré matar la araña.

DUQUE DE MILÁN. Pues aclamad todos luego  
 a Carlos Duque de Parma.

TODOS. ¡Viva Carlos!

CARLOS. Y este ejemplo  
 dé escarmiento a los que tratan  
 de hacer secretos delitos;  
 pues si cautelas los callan,  
 la misma conciencia acusa,  
 que es el testigo del alma.

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



**editorial del cardo**